

BB

SONATA DE SANGRE

clark carrados

La mujer miraba aterrorizada la boca del cañón de la pistola que estaba situada a dos pasos escasos da ella. Su rostro estaba tan blanco Como el yeso de la pared en que se apoyaba y sus ojos parecían querer ir a saltársele de las órbitas.

—Por favor… —susurró, haciendo un tremendo esfuerzo para hablar—. No…, no me mate.

El asesino meneó lentamente la cabeza.

—Lo siento, señora Rivers. Me pagan para ello, precisamente —contestó con voz impersonal, como si fuera un vulgar empleado atendiendo al público en la ventanilla de su oficina.



Clark Carrados

Sonata de sangre

Bolsilibros - Servicio Secreto - 615

ePub r1.0
LDS 07.10.17

Título original: *Sonata de sangre*
Clark Carrados, 1962
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SONATA de SANGRE

por CLARK CARRADOS



CAPÍTULO PRIMERO

La mujer miraba aterrorizada la boca del cañón de la pistola que estaba situada a dos pasos escasos da ella. Su rostro estaba tan blanco Como el yeso de la pared en que se apoyaba y sus ojos parecían querer ir a saltársele de las órbitas.

—Por favor… —susurró, haciendo un tremendo esfuerzo para hablar—. No…, no me mate.

El asesino meneó lentamente la cabeza.

—Lo siento, señora Rivers. Me pagan para ello, precisamente —contestó con voz impersonal, como si fuera un vulgar empleado atendiendo al público en la ventanilla de su oficina.

—Yo…, yo le daré todo el dinero que…, que quiera —musitó ella. El sudor le corría por las sienes y las mejillas, formando hondos surcos en el maquillaje—. Tengo… dinero… Lo…, lo que me pida…, por favor.

—Eso es algo que no puede ser —contestó fríamente el asesino —. A mi modo, soy leal en mis tratos. Si hubiera sido al revés, si usted me hubiera contratado para matar a alguien, puede tener la seguridad de que esa persona hubiera muerto, por mucho que hubiera podido ofrecerme. En cambio…

El pulgar del asesino echó hacia atrás el percusor del revólver que empuñaba.

—Es una lástima —dijo—. Usted es una mujer bonita y se merecía mejor suerte. De todas formas, procuraré no estropearle el rostro. ¡Adiós!

—¡Espere! —gritó ella con un horrible chillido, a la vez que alargaba la mano derecha—. ¡No tire!… ¡Dígame antes quién…!

—Es tarde ya —murmuró el asesino, roncamente.

Era un profesional de la pistola, de corazón tan duro como el

granito y con los mismos sentimientos de un leño seco, pero quizá por primera vez en su vida se sentía impresionado. Apretó el gatillo.

La mujer se estremeció horriblemente al sentir en su carne el fuego de la bala, que le había penetrado en el pecho, bajo el seno izquierdo. Las piernas le flaquearon y cayó al suelo, quedando acurrucada, hecha un ovillo, bajo la pared.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó, moviéndose espasmódicamente todavía. Sus uñas arañaron el *parquet* del suelo. El asesino se acercó a ella.

Estuvo observándola unos segundos. Luego acercó el cañón de la pistola a la nuca de la mujer y disparó de nuevo. Los movimientos de la víctima cesaron en el acto.

Inmediatamente, el asesino dio media vuelta y salió de la estancia.

—Confío en que las paredes hayan apagado el ruido de los disparos —dijo, en el momento en que accionaba el interruptor de la luz para apagarla.

CAPÍTULO II

Consecuencia de aquel crimen, fue la llamada que recibí tiempo después y que me hizo acudir a determinado edificio de la calle Benton.

Toqué el pulsador de la puerta. Una sirvienta negra acudió a recibirme.

—Soy el señor Balfour —dije—, y he recibido una llamada de… —Miré la tarjeta que había recibido por correo—, de una tal Donna Horgan, requiriendo mis servicios.

—Pase usted —contestó la sirvienta—. La señorita Horgan le está esperando, señor Balfour.

Crucé el vestíbulo, examinándolo rápidamente, mientras a mis oídos llegaban las apagadas notas de un piano manejado con maestría. Sin ser un portento de lujo, la casa estaba puesta con gusto y arte, y era evidente que su dueño no tenía que pedir limosna precisamente.

La negra abrió la puerta y el volumen de la música aumentó de pronto.

—Entre, señor Balfour —dijo, cerrando a mis espaldas.

Di unos cuantos pasos hacia adelante. La habitación era muy grande, y estaba magníficamente decorada. En uno de los ángulos había una gran chimenea, en la cual ardían vivamente unos cuantos leños. Había un diván y dos sillones en torno a la misma, y en el lado opuesto, se veía una gran estantería cubierta de libros.

En otro de los rincones se veía un pequeño bar, provisto de todos los accesorios. El piano, grande, de cola, color blanco marfil, estaba situado en el lado contrario y sentada ante él había una mujer, de la cual sólo podía ver el perfil de su rostro y de los hombros, redondos y tan blancos como la pintura del piano, que

emergían del audaz escote de un vestido negro de fiesta.

La mujer tenía el cabello tan negro como el vestido que cubría su cuerpo y parecía absorta en la interpretación de la pieza que se oía. Me acerqué al piano, apoyándome en una de sus esquinas, en tanto sacaba un cigarrillo.

Los dedos de la mujer, que era joven, unos veinticinco años, se movían ágilmente sobre el teclado. Parecía absorta en la sonata que estaba interpretando, cuyos vivos tonos musicales me recordaron las piezas del siglo XVIII.

Ella alzó un momento sus ojos, grandes, rasgados, con unas maravillosas pupilas oscuras, en cuyo fondo brillaba la energía y la decisión. Su expresión era seria, impasible.

—¿Scarlatti? —pregunté.

Ella movió suavemente la cabeza, al extremo de un largo cuello de cisne sin ningún adorno. Terminó con unos acordes finales y apoyó ambas manos, de largas uñas rojas, en la tapa del piano.

—Acertó, señor Balfour —dijo. Me erguí.

—Usted me llamó, según creo, señorita Horgan… Aquí estoy.

—Es cierto —contestó ella. Sus labios eran frescos y jugosos, y no parecía ser mujer de las que abusan del carmín—. Le he llamado para contratar sus servicios.

—¿Respecto a…?

—Investigar una muerte… Un asesinato, consuetamente.

—Soy detective privado. Los homicidios no son mi especialidad, puede comprenderlo fácilmente, señorita Horgan —respondí.

—No le pido que haga las funciones que competen solamente a la policía, sino…

Se puso en pie repentinamente. Vi que era de buena estatura y que sus líneas poseían una armonía singular, puestas de relieve por la tela que las cubría. La perfección de su anatomía le permitía llevar aquel vestido negro sin otra prenda de ropa debajo, estoy seguro de ello.

—Venga conmigo —dijo, dirigiéndose al bar con paso fácil y seguro—, se lo explicaré mientras tomamos unas copas y luego decidirá si trabajar para mí o rechazar el caso.

—Eso está muy puesto en razón —concordé.

Donna Horgan se situó tras el bar y preparó dos bridas. Luego apoyó los codos en el mostrador, levemente inclinada hacia

adelante, y me miró con fijeza.

—Señor Balfour, hace tres semanas, mi hermana Sally Rivers, esposa de Jonathan Rivers, fue asesinada a tiros de pistola por un desconocido.

—Leí el caso en los periódicos —contesté, tras un «viaje» de regulares dimensiones al contenido del vaso.

—¿Y qué más?

—La policía no ha podido hallar todavía al asesino. Es decir, suponen quién fue, pero no tienen pruebas contra él.

—Es obvio que entonces no pueden proceder contra el criminal —observé.

—Así es —respondió ella. Bebió un poco y se quedó pensativa. Luego continuó—: Quiero que trabaje para mí, señor Balfour. Le pagaré hasta cinco mil dólares si consigue desenmascarar al asesino.

—Si la policía no ha conseguido hacerlo, con los medios de que dispone, no sé cómo voy a lograrlo yo, un simple detective privado, señorita Horgan —alegué.

—A veces una sola persona consigue resultados mucho más positivos que no los logrados por diez o quince, precisamente por la misma abundancia de gente dedicada al caso.

—Es posible —dije, con aire dubitativo—. Cinco mil dólares es una suma bonita, señorita Horgan, pero insuficiente cuando se arriesga el pellejo.

Ella sonrió desdeñosamente.

—¿Va a decirme ahora que es un cobarde, señor Balfour?

—En absoluto. Sólo soy un simple amante de la paz y de la tranquilidad, eso es todo. Una expresión de desencanto apareció en el rostro de la joven.

—¿Quiere eso decir que rechaza el caso, señor Balfour? —preguntó. Hice un gesto con la mano.

—Siga explicándome, por favor.

—Bien. Conozco el nombre del asesino…

—Entonces, ¿por qué no lo denuncia a la policía? —La interrumpí.

—Déjeme seguir hablando —rogó ella—. ¿De qué me serviría denunciar al asesino si carezco de pruebas suficientes? Por otra parte, no busco al hombre que apretó el gatillo de la pistola, sino al que le pagó por asesinar a mi hermana.

—¿Su esposo?

—Oh —exclamó Donna desdeñosamente—. Jonathan sería incapaz de matar una mosca. No es por ahí por donde ha de buscar.

—La creencia de que un hombre es incapaz de cometer un crimen, es un tremendo error, que ha costado la vida de muchas personas, señorita Horgan —manifesté—. ¿No podía tener su esposo algún motivo para desear la muerte de su hermana?

—No, estoy absolutamente convencida de ello, señor Balfour. A pesar de que ha salido muy beneficiado con la muerte de Sally, porque heredará limpiamente alrededor de los cuatrocientos mil dólares.

Lancé un silbido admirativo.

—Una bonita suma —comenté—. Y también un magnífico motivo para asesinar a su esposa.

—Jonathan es de gustos moderados y estaba muy enamorado de mi hermana. Por otra parte, Sally no le negaba un capricho cuando lo tenía, cosa que solía suceder raras veces.

—Entonces, quizá otra mujer. En ocasiones así, la propia se convierte en un estorbo.

Están los tribunales de divorcio, pero entonces no hay dinero, ¿comprende?

Donna Horgan movió la cabeza negativamente.

—Repito que Jonathan no tuvo nada que ver con la muerte de Sally. Ello le afectó muchísimo, de tal modo que se llegó a temer por su razón. No, no es por ahí por donde debe encaminar usted sus indagaciones.

—¿Entonces…?

—El asesino de Sally es un matón profesional, llamado Art Bramm. El fue únicamente el hombre que apretó el gatillo. Yo quiero que busque usted al que pagó el dinero por matar a Sally, ¿comprende?

—¿Una venganza personal?

—Hasta cierto punto, sí. Pero no le pido que lo mate usted; solamente deseo que consiga las pruebas suficientes para ser juzgado y condenado.

—Eso ya está más puesto en razón —respondí—. Y conocer el nombre del asesino es una buena base para iniciar las operaciones. ¿Sabe usted dónde vive?

—No, excepto que continúa en la ciudad.

—¿Sospecha de él la policía?

—Sí, pero carece de pruebas. Por eso no se ha marchado; una fuga podría ser interpretada como una confesión de culpabilidad.

—Entiendo —murmuré pensativamente. Terminé el licor y rechacé la oferta de una segunda copa—. Bien, tendré que ponerme en campaña.

—Luego, ¿acepta usted?

—Claro —respondí, mirándola a los ojos—. El caso es tremendamente… atractivo.

Ella se sonrojó levemente. Su busto, firme y turgente, palpitó bajo la tela del vestido, confirmándose la primera impresión: no llevaba encima otra prenda.

—Le agradeceré toda mi vida sus esfuerzos, señor Balfour…, pero antes he de hacerle una advertencia. Quiero ser franca y leal con usted; no deseo que luego me haga reproches por haber callado algo que debe conocer.

—¿Y es…?

—He conocido el nombre del asesino merced a otro detective que contraté antes de usted. Quizá le haya conocido. Se llamaba Phil Ketchum.

—Sí. Oí hablar de él, aunque nunca tuvimos tratos… Oiga —exclamé de pronto, estremecido hasta la médula de los huesos—. Ha dicho «se llamaba»…

—Exactamente —afirmó Donna, con el rostro impasible—. Murió esta mañana, a consecuencia de dos balazos disparados a quemarropa y por la espalda.

Un frío glacial recorrió la mía al conocer la noticia. Ésta me dijo, mejor que cualquier otra frase verbal, la clase de enemigos contra los cuales tendría que: enfrentarme si aceptaba el caso.

De buena gana me hubiera echado para atrás, pero la cosa ya no tenía remedio. Un prurito de orgullo y de varonil dignidad me hizo rechazar la idea apenas concebida.

Hice una mueca, burdo remedo de una sonrisa de circunstancias.

—Trataré de seguir llamándome Louis Balfour durante muchos años —expresé.

—Eso es lo que yo deseo —concordó ella—. Y ahora pasemos a la parte monetaria del asunto. Le daré un anticipo.

—No, gracias. Al terminar el caso le pasaré la factura. Cinco mil más gastos, ¿no es así?

—Cierto.

—Entonces, adiós, señorita Horgan.

Estreché su mano, cálida, llena de vida, mientras la miraba fijamente a los ojos.

—No deje de tenerme al corriente de sus investigaciones —dijo ella, soltándose de mi mano.

—Lo haré siempre que tenga noticias que merezcan la pena de que usted las conozca. Adiós.

—Adiós —respondió ella, simplemente.

La miré desde la puerta. Empezó a gustarme, francamente.

CAPÍTULO III

Desde allí, me dirigí directamente a un lugar en donde, calculaba, podrían darme alguna información acerca de Art Bramm. El pistolero era la base de mis investigaciones y mientras no Hablase con él no podría dar un paso adelante. Al mismo tiempo, recordaba que Ketchum había muerto asesinado pocas horas antes, lo cual significaba que el hombre que había, pagado a Bramm para cometer una muerte, no retrocedería ante otra más, con tal de mantener su identidad en la sombra.

Mientras rodaba a bordo de mi automóvil, pensé en los móviles que habían podido inspirar aquel asesinato. Donna Horgan había afirmado rotundamente que el esposo de la víctima no había pagado para matarla. Sin embargo, ésta era una afirmación que no convenía tomarla muy en serio. Ninguno nace siendo un asesino, pero en un momento dado, las circunstancias le convierten en ello.

«Extraña mujer Donna Horgan», pensé. ¿Era sólo el deseo de venganza lo que la movía a buscar al inspirador de la muerte de su hermana? ¿Y si, pese a lo que había manifestado, creía que Jonathan Rivers lo era? Había una herencia de cuatrocientos mil dólares entre medio, convenía no olvidar tan interesante detalle, y si Rivers había tenido parte en el asesinato de su esposa, perdería todos sus derechos a la citada herencia, la cual, naturalmente, iría a parar a manos de la hermana de la difunta.

Un buen lío para desenredar, con gente de trueno tras el ovillo. Y yo arrastrado al jaleo, no por los cinco mil dólares, sino por los ojos negros de Donna. ¿Por qué no me retiraba, ahora que estaba a tiempo?

No lo hice. Continué rodando, hasta llegar al «Kritos».

El «Kritos» era un bar o taberna, según la apreciación de cada

uno, instalado en la parte occidental de la ciudad, en los barrios bajos, junto a los muelles malolientes y llenos de ratas. El propietario era un tal Yerapoulos, un griego a quien había tenido ocasión de prestar un par de favores gracias a ciertas amistades que tenía en la policía ciudadana.

Detuve el coche a unos cincuenta metros de la taberna, cubriendo el resto de la distancia a pie. Faltaba una letra en el rótulo luminoso y dos de ellas oscilaban precariamente, guiñando sus resplandores rojos a la calle, brillante por la humedad que subía del cercano puerto.

El local estaba instalado en un semisótano, al cual se llegaba por medio de una escalera de siete u ocho peldaños hundida lateralmente en el pavimento, junto a la pared. Las puertas y ventanas del «Kritos» tenían sus cristales cubiertos por papel amarillo translúcido, pero no transparente.

Empujé la puerta. Un espantoso hedor a carne humana enemiga de la higiene asaltó en el acto mi pituitaria. La taberna estaba llena de marineros ociosos, individuos de dudosa reputación y mujeres de amplias curvas y rostros pintarrajeados. La atmósfera, viciada enormemente con el humo del tabaco y el olor a carne sudorosa, resultaba casi irrespirable.

Una fulana de carnes desbordantes me salió al paso, ofreciéndome sus servicios profesionales. Le dije que se largase con la música a otra parte y lo hizo, no sin arrojarme una mirada llena de cianuro.

Antes de seguir adelante, examiné el interior del local rápidamente. El «Kritos» había sufrido alguna modificación desde mi última estancia allí, varios meses antes.

La modificación consistía en un pequeño estrado, sobre el cual había un piano. Una mujer tocaba en el mismo, a la vez que cantaba con una voz suave y en extremo melodiosa. Su maestría en las dos cosas era innegable, pero más aún en el piano, y me pregunté, qué diablos podía hacer una mujer así en un local como el «Kritos».

Casi en el mismo momento, la artista terminó su canción. Se puso en pie y acogió con una reverencia llena de gracia los no escasos aplausos que se le prodigaron. Luego bajó el estrado y entonces yo me dirigí al mostrador.

Llegamos juntos al mismo tiempo. Era alta y esbelta, de pelo intensamente negro, que le flotaba libremente por la espalda, de formas llenas y mórbidas y talle flexible. Vestía un sencillo traje compuesto de un fino *pullover* sin mangas y una falda lisa, ambos de color negro. Sus negros ojos fulguraron intensamente al contemplarme.

Calculé su edad en unos veinticinco años aproximadamente. Tenía la tez muy blanca y los labios, frescos y jugosos, poseían una viveza de color como pocas veces he visto sin pedir ayuda al carmín.

Creí que iba a pedir algo de beber, pero ante mi sorpresa, el griego le entregó una bandeja cargada de bebidas.

—Toma, May —dijo—. Mesas cinco, nueve y catorce.

—Sí, Yery —contestó, llamando al griego por su nombre familiar, pero sin dejar de mirarme en todo momento. Sonrió de pronto—. Parece como si no me hubiera visto nunca, buen mozo —dijo.

—En efecto —respondí—. Es la primera vez, May, y me gustaría que no fuera la última. Aunque… —añadí meditabundo—, su cara me resulta vagamente conocida.

—¿De veras? —sonrió burlonamente—. En cambio, yo creo que, efectivamente, es la primera vez que nos vemos.

—¡Cuánto lo siento! —dije, y era sincero, porque me hubiera gustado conocerla mucho antes.

May no contestó. Cargó con la bandeja y se alejó, con un suave balanceo de sus caderas, firmes y rotundas.

La voz del griego me sacó de pronto del éxtasis en que había caído.

—¿Querías algo de mí, Louie? —inquirió de pronto.

—Oye, ¿desde cuándo tienes aquí a esa beldad? Yerapoulos hizo un gesto ambiguo.

—Oh, hace unas dos semanas. Vino un buen día a ver si quería que la contratase como cantante y pianista. Le dije, que no me hacía falta nada de eso y que en cambio sí necesitaba una camarera. Tuve una vez un pianista y me fracasó rotundamente, ¿sabes? Pero el estrado y el piano que había instalado continuaban aquí; y a los dos o tres días, de repente, May aprovechó que había poco quehacer, se sentó delante del piano y… Mira, parece que me va dando algo de

suerte, Louie.

—Sí —concordé—, nunca había visto tanta gente reunida aquí. La chica lo hace bien, en efecto.

—Mientras no me pida más sueldo… Bueno, Louie, desembucha. Tú has venido aquí por algo, ¿no es eso?

—Lo adivinaste, Yery. Pero aquí hay demasiados parroquianos.

—De acuerdo —contestó el griego—. Espera un momento. May vino unos segundos después.

—Quédate en el mostrador —dijo—. Yo voy a hablar con mi amigo en el despacho.

—Sí, Yery —contestó May, sin dejar de mirarme un solo momento.

Una vez estuvimos en la habitación que Yerapoulos llamaba pretenciosamente su despacho y cerrada la puerta convenientemente, el griego quiso servirme de beber, pero se lo rechacé.

—Gracias, Yery, pero no me apetece por ahora. Solamente quiero hacerte unas preguntas.

—Bueno, dispara, Louie. Quizá yo pueda complacerte. No perdí demasiado tiempo en rodeos inútiles.

—¿Conoces a un tal Art Bramm? —pregunté de buenas a primeras. Yerapoulos no pestañeó tan siquiera.

—Hace tres semanas solía ser un cliente asiduo de mi local. Ahora… hace tiempo que no lo veo. ¿Para qué le buscas, Louie?

—Mató a Sally Rivers, Yery.

—Lo sé. Pero le soltaron por falta de pruebas.

—Cierto. Sin embargo, es el asesino de la señora Rivers. Yerapoulos chasqueó la lengua.

—Y tú quieres cazarlo, ¿eh, Louie?

—Exactamente, no. Sólo deseo verle.

El griego y yo nos entendíamos casi con medias palabras.

—No sé dónde se esconde, Louie.

—No me mientas, Yery —dije—. Lo que tú ignores de los maleantes de la ciudad cabe en la uña del dedo meñique izquierdo —y levanté la mano de dicho lado, en la cual faltaba precisamente la falange correspondiente, cosa debida a un antiguo accidente.

Yerapoulos sonrió.

—Eres muy listo, Louie —confesó—. Pero esta vez te equivocas.

Francamente, no sé en dónde para ese fulano.

Empecé a pensar que quizá el griego tenía razón.

—Bueno, al menos podrás decirme si conoces a alguien que pueda darme noticias de su actual paradero.

—Eso ya es diferente, Louie. No lo haría por nadie más que por ti, pero… Tippo Trask era buen amigo suyo. Casi siempre andaban juntos.

—¿Dónde vive Trask?

—A dos manzanas de aquí, en la calle Vandamm, número 24.4.

—Gracias, Yery. Lo tendré en cuenta. Y me dirigí hacia la puerta.

Antes de que diera dos pasos, Yerapoulos me detuvo.

—Louie.

Me volví hacia el griego.

—¿Sí, Yery?

—Ten cuidado con Bramm. Es un tipo loco. Tú ya me entiendes.

—Perfectamente. Lo tendré en cuenta. Gracias otra vez, Yery. Abrí la puerta y me di de narices con May.

La camarera sonrió provocativamente, a la vez que, echándose las manos a la nuca, hacía avanzar con gesto provocador su opulento busto.

—Señor Yerapoulos —dijo—, le llaman al teléfono —mientras hablaba, no me quitaba ojo de encima—. ¿Cuándo me llamas tú a mí, buen mozo?

—Cualquier año de éstos, May —respondí acremente.

No me gustaba la oportunidad con que había aparecido la individua en la puerta.

¿Había estado escuchando?

May no se inmutó. Continuó sonriendo.

—Espero que sea antes de llegar a vieja —manifestó.

—Bueno —dije.

Pasé por su lado y me escurrí hacia la salida.

De allí fui a la calle Vandamm, al número indicado. El edificio era antiguo, de ladrillo, y tenía hasta media docena de pisos. Carecía de ascensor, de modo que tuve que llegar hasta el cuarto a pie, cosa que no contribuyó precisamente a ponerme de buen humor, después de la acción de la camarera.

Llamé a la puerta con los nudillos. Esperé. Una voz bronca

preguntó momentos después:

—¿Quién es?

—Deseo verle, Trask —manifesté a través de la madera.

Hubo un ruido de cerrojos. Luego, la puerta se abrió a medias y un ojo me miró suspicazmente a través de una estrecha rendija.

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó el fulano.

—Vamos, déjeme pasar —le enseñé un billete de cinco dólares —. ¿No le parece suficiente este argumento para entrar en materia?

El tipo era receloso. Abrió, pero solamente lo justo para que yo pudiera pasar, cerrando a continuación.

—Vamos, hable pronto —gruñó—. No tengo mucho tiempo que perder. Una voz de mujer salió de tina habitación inmediata.

—¿Quién es, Tippo?

—No lo sé —masculló el individuo. Me miró inquisitivamente e inquirió—: Eso es, ¿quién es usted?

—Me llamo Balfour —dijo—, y quiero hablar con un conocido suyo. Ignoro el domicilio y por eso he venido a verle a usted.

—¿Y quién le dijo el mío? —preguntó Trask, recelosamente.

—Un amigo común, Tippo —contesté—. Pero eso no importa ahora.

Trask vaciló: Era un hombre de mediana estatura, delgado y con cara de haber pasado mucha hambre, pero sin haber hecho el menor esfuerzo por buscarse un trabajo digno de satisfacerla.

—Está bien —rezongó—. Diga de quién se trata y veré si puedo complacerle. Alargó la mano y se apoderó del billete.

—Art Bramm —respondí lacónicamente.

Los ojos de Trask centellearon un segundo. Luego sonrió débilmente.

—Tengo mala memoria —dijo—. Espere, anoté su dirección y creo que la guardé en la habitación vecina. ¿Me permite un instante?

—No faltaba más —accedí cortésmente.

Trask penetró en la estancia vecina. Salió treinta segundos después, detrás de un revólver encarado directamente a mi pecho.

—Largo, bastardo —dijo—. Váyase de aquí, maldito fisgón, antes de que le agujeree su puerca barriga de un balazo.

Maldije mi estupidez por haber caído en una burda trampa. No obstante, era ya imposible hacer nada por rectificar.

—Está bien, está bien —dije, enseñando las palmas de mis manos—. No se ponga así, no hay para tanto. Sólo quería saber dónde vive Art Bramm.

—Y yo no se lo quiero decir, conque, lárguese de aquí, ¿me ha oído?

—Le haré una advertencia, Tippo. Está encubriendo a un asesino y eso no es nada conveniente para la salud —alegué.

—De mi salud me cuido yo mismo, cerdo. ¡Largo de aquí!

Empecé a considerar la posibilidad de retirarme habiendo fracasado. Retrocedí un naso.

En aquel momento, una mujer salió de la estancia vecina. Me quedé atónito al verla.

Era alta, tanto como yo, y enormemente voluminosa. Su busto resaltaba con poderosas curvas bajo la sucia tela de una bata, que parecía ir a estallar en cualquier momento por la zona de las ampulosas caderas. Tendría unos cuarenta años y su mirada era dura como el granito. Tiempo atrás debía haber sido muy bella, pero ahora era una ruina física, estragada seguramente por el vicio y el alcohol. A su lado, Trask parecía un alfeñique.

—Tippo —dijo con un vozarrón adecuado a su tamaño—, ¿qué diablos quiere este fulano?

—Está buscando a Bramm, querida —respondió Trask, y al hablar volvió un instante la vista hacia aquella ballena con faldas.

Éste era el momento que yo estaba esperando. Tenía una silla al alcance de mi mano y, agarrándola por el respaldo, la arrojé hacia Trask con todas mis fuerzas.

El mueble le golpeó en el brazo, arrancándole la pistola de la mano. Trask blasfemó a la vez que trastabillaba, procurando mantener el equilibrio.

La mujer lanzó un juramento. Yo salté hacia adelante, estrellando mi puño contra el mentón de Tippo, quien se desplomó al suelo como un trapo fláccido.

En aquel momento, algo me estalló junto a la oreja derecha. Cuando quise darme cuenta de lo que me sucedía, me vi sentado en el suelo, con una nube de pajaritos piando y revoloteando en torno a mi cabeza.

Miré a través del turbio velo que cubría a medias mis pupilas. La pistola había pasado a manos de la gorda y sus ojos me miraban con

expresión carente en absoluto de toda simpatía.

—No nos gustan los fisgones —masculló, entre blasfemia y blasfemia—. Conque lárguese y no vuelva más por aquí, o se encontrará con un par de ojales en el pellejo cuando menos se lo piense.

Me puse en pie lentamente, sacudiendo la cabeza. Aquella individua poseía la fuerza de un elefante y tenía tanta amabilidad como un coyote rabioso. Sólo podía hacer una cosa y era batirme en retirada.

—Al menos —dije, muy ofendido—, podían devolverme mis cinco dólares.

—¡Muérase, bastardo! —Me escupió la ballena.

CAPÍTULO IV

Tenía ganas de fumar, pero no podía hacerlo, o de lo contrario, hubiera delatado mi posición en un oscuro portal frontero a la casa donde vivían Trask y su colérica compañera. Llevaba ya una hora apostado allí y me parecía imposible que la pareja no diera ningún paso que yo esperaba.

De pronto, una silueta apareció en el portal de enfrente. Me bastó ver su volumen para saber que se trataba del propio Trask. Sin duda el golpe que le había atizado yo le había hecho dormir más de la cuenta.

Trask miró a derecha e izquierda, y luego, viendo la calle despejada, echó a andar rápidamente hacia el norte.

Dejé que me ganara unos cuantos metros de delantera; luego, eché tras él, siguiéndole cautelosamente. Sabía cuál era el destino de sus pasos tan recelosos: el lugar donde se escondía el asesino.

De vez en cuando, Trask se detenía y miraba hacia atrás. Era un tipo altamente suspicaz y no estaba seguro de no ser seguido. Por supuesto, no me vio en ninguna ocasión; tuve buen cuidado de mantenerme oculto cada vez que miró hacia atrás.

Al fin llegamos a una casucha de tétrico aspecto, situada en las afueras de la ciudad. Suspiré al pensar en el tiempo que tardaría en volver adonde había dejado mi coche. Pero ya no podía hacer otra cosa que resignarme.

La casa tenía un solo piso y, aparentemente, estaba deshabitada. Antes de penetrar en ella, Trask volvió la cabeza una vez más.

Luego levantó la mano para llamar a la puerta. Entonces yo, corriendo sigilosamente hacia él, le coloqué el dedo índice tras los riñones, antes de que pudiera darse cuenta de mi presencia en aquel lugar.

—Una sola voz y te acribillo —dije truculentamente.

El cuerpo de Trask fue acometido en el acto por un violento temblor. Con mano rápida le despojé de la pistola con la cual me había amenazado momentos antes.

Luego, encañonándole con el arma, dije:

—Y ahora, llama o te frío.

Despojado de su pistola, el tipo era un cobarde. Tocó con los nudillos a la puerta, según un ritmo convenido.

Me eché a un lado, sin dejar de apuntarle con el arma.

—Cuidado con lo que haces —dije en vez baja—. Recuerda que te va la vida en ello.

Trask asintió. Pude escuchar claramente el ruido que hacía su garganta al deglutir de puro pánico.

La puerta cedió un poco.

—¿Tippo? —dijo una voz.

—Sí, Art.

—Está bien, entra.

Entonces me puse yo delante, sin perder por ello de vista a Trask.

—No se mueva, Bramm —dije firmemente—. Le tengo encañonado y si agita una sola pestaña, le volaré los sesos.

El pistolero se mostró enormemente sorprendido al verse ante una persona con la cual no había contado. Sin embargo, era tipo de aguante y recobró la serenidad casi en el acto.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

—Hablar con usted, pero no aquí a la intemperie. Vamos, Trask, entra tú también. Trask avanzó con las manos en alto. Trató de disculparse, con un lacrimoso gimoteo.

—Art, te juro que yo no sabía nada. Este tipo me…

¡Craack!

Interrumpí sus lamentos con un seco golpe dado con el caño de la pistola tras la oreja.

Trask se desplomó al suelo sin sentido.

—Y ahora —dije—, usted y yo vamos a hablar completamente en serio y sin estorbos.

Váyase al fondo, Bramm, no siento el menor deseo de soportar una de sus jugarretas.

Los ojos de Bramm me miraron con furia no disimulada. Tal

como había dicho el griego, era un tipo loco, un asesino que gozaba matando a sus víctimas, un hombre cuyo mayor placer era ver brotar la sangre por los agujeros que abrían las balas en la carne de las personas contra las que disparaba. Era joven, unos veintiocho años, y a no ser por la indiscutible expresión de crueldad de su rostro enjuto y anguloso, hubiera podido pasar por un tipo atractivo y agradable de tratar con él.

—¿Qué es lo que desea de mí? —preguntó secamente.

—Usted mató a Sally Rivers.

—De eso se me acusa, pero la policía no ha podido probarlo —respondió desafiante.

Sonrió con gesto desdeñoso.

—¿Cree que usted podrá conseguirlo?

—No me interesa. Lo único que quiero saber es el nombre de la persona que le pagó por matar a la señora Rivers.

Las pupilas del asesino se endurecieron de pronto.

—Ah, conque ése es el motivo de su visita —dijo.

—Exactamente, Bramm.

—Bien, entonces debe saber que un tipo de mi calaña —hablaba con soberana frialdad, como si se refiriese a otra persona— no traiciona nunca a las personas con quienes hace sus tratos.

—Hasta ciertos límites —dije.

—¿Por ejemplo…?

—¿Dinero?

Escupió despectivamente. Su sangre fría era portentosa.

—Escuche, supongamos que sea cierto. Lo que voy a decirle no tiene ninguna importancia para mí; aunque usted lo repitiera, yo siempre podría desmentirle; su palabra contra la mía, ¿comprende?

Asentí en silencio. Bramm continuó:

—Soy un asesino a sueldo, es cierto. Pero ¿qué sería de mí si anduviese traicionando por ahí a las personas que me pagan? Mi vida no valdría un cochino centavo entonces… y aun suponiendo que pudiera escapar, ¿en qué iba a trabajar? —Volvió a sonreír, con aquella sonrisa tan suya de cobra venenosa—. Lo único que sé hacer es despenar a la gente, amigo. De modo que ya puede volverse por donde vino, porque no sacará de mí una sola palabra, ¿estamos?

En aquel momento, sentí unos locos deseos de empezar a tiros con él. De buena gana hubiera vaciado en su barriga el cargador

entero de la pistola que tenía en la mano…, pero no soy un asesino. La justicia debe ser ejecutada por aquéllos a quienes les ha sido encomendada.

No obstante, había cosas que podía hacer sin llegar a extremos irreparables. Di dos pasos hacia él.

—¡Vuélvete! —ordené secamente.

Una mirada de aprensión apareció por primera vez en el rostro de Bramm.

—¡Eh, oiga! ¿Qué es lo que se propone hacer usted? —preguntó, muy alarmado.

—Vuélvete —ordené—. ¿O prefieres que te rompa una rodilla a tiros?

Obedeció, rechinando los dientes. Di otro paso y le golpeé tras la oreja, no con mucha fuerza, aunque sí la suficiente para atontarle y hacerle caer de rodillas, lanzando un apagado gemido.

Aprovechándome de su aturdimiento, le saqué la pistola y la arrojé a un rincón. Luego le pegué una fuerte patada en el costado.

—Ponte en pie, bastardo —dije. Bramm obedeció, todavía vacilante.

—Puedes volverte. Quiero que me mires a la cara cuando me hables, ¿estamos?

Se apoyó de espaldas contra la pared. Jadeaba y en su frente vi aparecer las primeras gotas de sudor.

—Tienes suerte —manifesté—. Si fuera otro tipo como tú, ya te habría sacado las tripas a tiros. Pero no es eso lo que pretendo, y tú lo sabes, Bramm.

Se pasó la lengua por los labios, repentinamente resecos.

—Si piensa que voy a hablar, está listo —dijo.

Levanté la mano y le estrellé el caño de la pistola contra los labios. Un aullido inarticulado se escapó de su garganta, a la vez que se llevaba ambas manos a la boca ensangrentada.

No le concedí un momento de respiro. Manejando de nuevo la pistola como arma contundente, le golpeé en los nudillos de las manos, hasta quitárselos de delante del rostro. Luego le di en el pómulo izquierdo, abriéndoselo por completo.

Cayó al suelo encogido, aullando lastimeramente, arrojando sangre por tres o cuatro sitios distintos. Era duro tener que obrar así, pero un individuo semejante no merecía compasión alguna.

Le di unos momentos de respiro.

—Ponte en pie —dije al cabo.

Obedeció, tambaleándose visiblemente. Sus ojos me miraron con ansia homicida. Estoy seguro de que, si hubiera tenido ocasión para ello, no me habría concedido la menor oportunidad.

—¿Hablarás ahora? —pregunté. Meneó la cabeza.

Lancé un suspiro.

—Tendré que prolongar el castigo —dije.

Y en aquel momento sonó una voz a mis espaldas:

—Tire la pistola, bastardo. ¡Tírela o le llene la sesera de plomo!

Maldije entre dientes mi imprevisión. Trask había despertado mientras me «entretenía» con el asesino, y aproximándose a la pistola de Bramm, se había apoderado de ella sin que me diera cuenta hasta que ya era demasiado tarde.

—No lo repetiré más —gruñó Trask.

—¡Mátale, Tippo! —aulló Bramm—. ¡Mátale!

En aquel momento sonó una detonación. Trask lanzó un aullido y cayó de espaldas, con la frente atravesada por un balazo.

La pistola salió rebotada al suelo, resbalando hasta quedar casi delante de mis pies.

Indiferente al peligro, Bramm se arrojó sobre el arma.

Le rechacé de un fenomenal rodillazo en las narices que lo hizo caer de espaldas por los pies por alto, completamente inconsciente. Entonces me volví hacia la persona que había acudido tan oportunamente a salvarme del peligro.

Era Donna Horgan y su presencia en aquel lugar me dejó completamente aturdido.

CAPÍTULO V

Parpadeé asombrado, hasta acostumbrarme a la idea de que era ella la que estaba en aquel lugar y no un doble o su fantasma.

Donna vestía una especie de chaquetón de piel negra y unos pantalones del mismo color, calzándose con unos sencillos mocasines también negros. La única nota de color en su figura era la blancura de su rostro y el rojo brillante de los labios.

—¿Qué hace aquí? ¿Quién le dijo que yo estaba en esta casa? —pregunté cuando me hube rehecho de la sorpresa de verla junto a mí.

—Le estuve siguiendo durante todo el tiempo —contestó impasiblemente.

—Pues sí que lo hizo bien —refunfuñé, sumamente disgustado por lo que era notoriamente incapacidad mía.

—Al menos, no dirá que no he llegado en el momento oportuno —contestó.

—En cuanto a eso —manifesté—, le estoy sumamente agradecido. De no haber sido por usted, ahora no lo podría contar. —Miré hacia el cuerpo de Trask, bajo cuya cabeza se iba extendiendo lentamente un charco de sangre—. Esos tipos estaban resueltos a eliminarme. Gracias, señorita Horgan.

—Olvidémoslo —dijo ella, guardando la pistola en un bolsillo de su chaquetón—. ¿Qué ha conseguido averiguar?

Aparté mi vista del repugnante espectáculo que ofrecía el cadáver de Trask. Miré hacia Bramm, que empezaba a rebullir en aquel momento.

—Es terco y no ha querido decir nada —repuse.

—Oblíguele a que lo haga.

El tono de Donna era seco, imperativo. Levanté los hombros.

—Esa clase de individuos son duros de pelar, señorita Horgan…

—No me importa lo que sea —me atajó ella—. Y quiero resultados, Balfour. Para eso le pago.

—¡Un momento, un momento! —dije—. En primer lugar, todavía no me ha abonado un céntimo…

—Usted rechazó mi oferta, recuérdelo.

… y en cuanto a lo segundo —proseguí, impasible—, no soy un verdugo a sueldo. Humanamente, creo que ya he hecho todo lo posible para extraerle la verdad a ese tipo, con resultados negativos hasta ahora.

—Pruebe de nuevo —respondió simplemente. Me encogí de hombros.

—Está bien, pero creo que será una carnicería —expresé—. Cúbrame usted con la pistola, por si acaso.

—De acuerdo. Empiece.

Con la mano izquierda extrajo un cigarrillo y se lo colocó en la boca, encendiéndolo a continuación sin pestañear siquiera. El caño de su pistola permanecía firme apuntando al caído.

Fui hacia Bramm y lo incorporé a viva fuerza, llevándole hasta una silla próxima. Busqué por todas partes sin encontrar lo que deseaba.

—Vigile un momento… —dije. Ella asintió con leve parpadeo.

Busqué por toda la casa, hasta encontrar lo que quería. Unos minutos más tarde volvía con una jarra llena de agua, cuyo contenido desparramé sobre la cabeza del aún atontado pistolero.

Bramm sé estremeció vivamente al sentir la frescura del líquido. Maldijo entre dientes y me llamó por medio de un adjetivo impublicable, cosa que le valió un revés de mi mano en la boca.

—Cierra el pico y no lo abras mientras no se te hagan preguntas —dije con tono duro. Sus ojos llamearon de ira.

—Un día de éstos —dijo—, te sacaré las tripas por la boca, bastardo inmundo.

—Bueno, esperemos ese día. Mientras tanto, tú nos dirás quién fue la persona que te pagó para que asesinaras a la señora Rivers.

Una cínica sonrisa distendió sus labios hinchados y enrojecidos.

—¿Cree que voy a hablar, maldito fisgón? Usted es un iluso, si piensa que soy de los tipos que sueltan la lengua al primer golpe. Dele tranquilamente; tengo mucho aguante, ¿sabe?

La cólera empezó a cegarme. Sin poder contenerme, le pisé en uno de sus pies con todas mis fuerzas. Lanzó un aullido y cuando fue a inclinarse para agarrarse el miembro afectado, levanté la rodilla por segunda vez.

Bramm chilló como un conejo herido, a la vez que caía al suelo. Se revolcó sobre sí mismo, pateando frenéticamente. No era un espectáculo agradable, la verdad.

Hay un límite para todo y yo creía haber alcanzado ya el mío. Me volví hacia Donna.

—Lo siento, señorita Horgan —manifesté—, pero me siento incapaz de hacer más. No tengo alma de indio apache, ¿comprende?

Ella asintió brevemente.

—Entonces, ¿qué me sugiere usted que hagamos? —preguntó—. El sabe quién le pagó; tenemos que sacárselo como sea.

—Está visto que la tortura no consigue nada. Otro, con más estómago que yo, quizá lo consiguiera. Lamento haber fracasado, señorita.

Donna se mordió los labios. Permaneció, pensativa un momento y luego me hizo una seña con la mano.

Me acerqué a ella.

—Será mejor que nos marchemos —sugirió—. Luego se encargará usted de vigilarle constantemente. Y tarde o temprano, acabará por dar un paso en falso y entonces sabremos lo que queremos.

—No es mala idea —aprobé—. Vámonos.

La tomé por el brazo y me dirigí hacia la puerta. En el mismo momento, ésta se abría con violencia dejando paso a dos tipos armados con sendas pistolas.

Donna lanzó un grito agudo al ver a los dos asesinos. Éstos no parecieron reparar en nosotros.

Bramm se había puesto en pie mientras tanto. Chilló frenéticamente al verse frente a la pareja de forajidos.

—¡Al suelo! —grité, empujando a la muchacha.

Caímos en confuso montón a un lado de la puerta. Por encima de nosotros crepitaron las pistolas.

Al caer, quedé con la cara vuelta hacia el lado contrario a la entrada. Pude ver a Bramm, que se ocultaba el rostro con ambos manos, como para no ver la mortífera lluvia de proyectiles que

caían sobre él.

Sus manos resultaron taladradas por las balas. Lascas de yeso ensangrentado volaron de la pared que tenía a sus espaldas. El cráneo le saltó literalmente en mil pedazos.

Todo ocurrió con la rapidez del relámpago. En contados segundos, los pistoleros vaciaron sus armas sobre Bramm, el cual cayó al suelo convertido en un colador.

Los pistoleros desaparecieron en un santiamén, antes de que mediara tiempo a reaccionar y disparar contra ellos. Debían tener órdenes concretas, porque no nos tocaron tan siquiera. Todavía flotaba en el ambiente el fragor de las detonaciones, cuando ya habíanse esfumado de nuestra presencia.



Me puse en pie, ayudando a Donna a hacer lo mismo. La muchacha temblaba como hoja, azotada por el vendaval.

—Vámonos de aquí —dije—. Esto no va a tardar dos minutos en llenarse de policías. Tenía el rostro blanco como la nieve. Asintió sin fuerzas para emitir una sola sílaba.

Agarrados de la mano, echamos a correr, sumiéndonos en la oscuridad, en el mismo instante en que se oía a lo lejos el alarido de una sirena policial.

CAPÍTULO VI

Era ya muy tarde cuando llegamos a su casa. Ella adivinó mis deseos.

—Creo que necesita una copa, Balfour —dijo con voz insegura.

—Sí, es una buena idea —aprobé, todavía estremecido por cuanto había visto.

Donna abrió la puerta y me hizo pasar al interior. La sirviente debía estar descansando, pues no hizo acto de presencia tan siquiera.

Ella me condujo hasta la habitación donde habíamos sostenido nuestra primera entrevista horas antes. Preparó dos copas y me entregó una.

Despaché la mitad de un solo trago. Ella hizo algo muy parecido. Luego, suspirando profundamente, se despojó del chaquetón, quedando con los pantalones y una especie de blusa de seda azul oscuro, que ceñía prietamente su firme busto.

Durante unos momentos, permanecimos en silencio. Al cabo de un rato, dije:

—Bien, creo que es hora ya de que me vuelva a mi casa.

—Le acompañaré —murmuró Donna, saliendo del ensimismamiento en que había caído.

Fuimos juntos hasta la puerta de la callé. Al llegar allí, me volví hacia la joven.

—Su intervención fue muy encomiable, señorita Horgan —manifesté—. De todas formas, convendría que no lo volviera a repetir.

Abrió mucho los ojos.

—¿Por qué?

—Verá, aunque puede decirse que le debo la vida, lo cierto es

que soy un poco suspicaz, ¿me comprende?

—Me parece que sí —dijo con voz tirante—. No quiere que le espíe en su labor, ¿no es cierto?

—Algo de eso, aunque sin emplear una palabra tan fea, señorita Horgan. Cuando me encargan una investigación, me gusta llevarla a mi manera. De lo contrario, me parece como si llevara al lado constantemente un fiscal, ¿comprende?

—Por completo. Es usted muy claro, Balfour.

—Ésa es una de las cualidades que tengo en más estima, señorita Horgan. Buenas noches.

—Buenas noches.

Abrí la puerta y salí fuera. Descendí los tres o cuatro escalones que separaban el piso del suelo de la calle y me volví para mirarla.

Donna permanecía inmóvil, rígida como una estatua, con una mano apoyada en el marco de la puerta, contemplándome fijamente. Luego, con gesto retardado, cerró la puerta y su imagen se esfumó de mis ojos.

—Cuidado, Louie —me dije—, es peligrosamente hermosa y hasta ahora permaneces en el mejor estado del hombre: la soltería. No te dejes embaucar por los lindos ojos de esa hermosa morena o de lo contrario, puedes considerarte perdido.

De allí me fui a dormir. Tenía que recoger el coche, que había dejado en las inmediaciones del «Kritos», pero como quería ver a Yerapoulos al día siguiente, lo dejé correr.

Dormí hasta las ocho de la mañana, más o menos. Después del obligado aseo, me vestí y salí a la calle, desayunando en un restaurante frontero. Mientras comía, pedí la guía telefónica, de la cual extraje una dirección, a cuyo propietario me interesaba mucho visitar en aquellos momentos.

Una vez hube concluido de desayunar, aboné la nota y salí a la calle. Tomé un taxi.

—Calle Memphis, 659.

El coche me llevó a la dirección indicada en poco menos de diez minutos. Aboné la carrera y salté al suelo.

Miré la casa que tenía frente a mí. Era un edificio de dos plantas, de aspecto pretencioso y, por supuesto, completamente pasado de moda. Tenía un pequeño jardín que lo circundaba por completo, el cual estaba cerrado por una verja de dos metros de altura, cuyos

hierros estaban empotrados en una tapia de uno lo cual elevaba la altura total a tres metros. Los hierros estaban rematados por unos agudos pinchos, que defendían la propiedad contra la entrada de intrusos no citados de antemano.

Me acerqué a la puerta enverjada que permitía el acceso al jardín. Busqué el pulsador y puse el dedo sobre el mismo.

Esperé casi un minuto. Al cabo de ese tiempo, acudió una mujer a abrirme.

Era joven y pizpireta, de unos veintiséis años, vestida con un uniforme muy negro, muy ajustado a las protuberantes curvas de su cuerpo, mal contenido por la tela del vestido. Hinchó deliberadamente el busto al verme ante la verja.

—¿Sí? —dijo ahuecándose el cabello con una mano, a la vez que ponía la otra en la cadera, para hacer resaltar los relieves anatómicos de su escultura.

—Deseo, ver al señor Rivers —dije.

—¿Su nombre, por favor?

—Mi nombre no le diría nada, preciosa —contesté. Metí mano al bolsillo y extraje de él un billete de cinco dólares—. ¿Qué le parece mi tarjeta de visita?

Me enseñó unos dientes húmedos y brillantes al sonreír. Alargó la mano izquierda y oprimió el pulsador que permitía la apertura de la puerta.

—Los buenos mozos como usted no necesitan de cierta clase de tarjetas de visita —manifestó incisivamente—. Sígame, simpático.

—Gracias —contesté, echando a andar tras ella, fascinado por el marcado contoneo de unas rotundas caderas que se dibujaban ajustadamente bajo el negro tejido del uniforme.

Atravesé el jardín sin ver otra cosa. Finalmente, llegamos a la casa. La doncella me introdujo en el vestíbulo.

—Aguarde aquí, buen mozo. ¿A quién anuncio?

—Louis Balfour —contesté. Y cuando ya se marchaba, la cogí por el brazo, deteniendo en seco su gesto—. ¿Cómo te llamas, bombón?

—Meg.

—¿Meg, qué más?

Ella se soltó de mi mano, sonriendo provocativamente.

—¿Qué importa? —murmuró—. Aguarde aquí un momento…,

Louie. Voy a ver si el señor Rivers puede recibirle.

—Gracias, preciosa. Gastaré los cinco dólares en bombones.

—¿Quiere usted arruinarme la línea? —dijo, y se marchó ondulando como una sirena. Esperé cinco minutos largos. Al cabo, vino el dueño de la casa.

—Perdóneme, señor Balfour, tenía una visita y no —podía desatenderla.

Un hombre salió en aquel mismo momento por la misma puerta que había utilizado Rivers para llegar al vestíbulo. Era de mediana estatura y cojeaba ligeramente de la pierna derecha. Escondía sus ojos tras unas gafas de gruesa armadura y su labio superior estaba ademado por un bigote de pelos cortos y ásperos. Llevaba en la mano un pesado portafolio, manchado de pintura, y en la otra un bastón del que se servía para apoyarse mientras caminaba.

—Buenos días, señor Rivers —dijo el individuo, con voz indiferente.

—Buenos días, señor Mac Lean.

El individuo se alejó. Entonces, el dueño de la casa me invitó a pasar a su despacho.

—Siéntese —dijo cuando ya estuvimos en la pieza—. ¿A qué debo el honor de su visita?

Antes de contestar, contemplé durante unos momentos el retrato de la mujer, de cuerpo entero y de tamaño natural, que había en uno de los lados de la estancia, sobre la repisa de una chimenea. Las facciones de la mujer, muy bella por cierto, presentaban un parecido inconfundible con cierta persona que me había acompañado en el tiroteo de la noche anterior. Casi la única diferencia era el tono de los cabellos; mientras que Donna los tenía negros como ala de cuervo, la mujer del retrato ostentaba unos cabellos castaños, casi dorados, cuyos reflejos habían sido magníficamente captados por el pincel del artista. En el retrato, Sally Rivers vestía un traje blanco, de flotantes tules, que, cubriendo su figura casi por completo, a excepción de los brazos, permitía no obstante, adivinar las perfectas líneas que un día se habían ocultado bajo los velos.

Miré al dueño de la casa. Resultaba incomprensible que una mujer tan hermosa como Sally hubiera ido a enamorarse de un tipo canijo y desmedrado, de dientes irregulares y cabellos más bien

escasos. Viendo la imagen de la difunta, uno hubiera pedido para ella un Rock Hudson al menos… pero las mujeres son así y no tienen remedio, por mucho que uno le de vueltas.

—¿Le gusta el retrato, señor Balfour? —preguntó Rivers.

—Mucho. No conozco al pintor, pero basta ver el toque para saber que es un artista.

—Muchas gracias, señor Balfour. —Rivers inclinó la cabeza—. Se lo haré saber así al señor Mac Lean, a quien usted ha visto sin duda salir de aquí hace unos momentos.

—Ah —exclamé—. ¿El señor Mac Lean es el que pintó ese retrato?

—Justamente. Es el de mi pobre Sally… —La voz del dueño de la casa se quebró repentinamente en un trémolo de emoción—, asesinada por un villano a quien todavía la policía no ha sido capaz de encontrar.

—Fue un hecho verdaderamente lamentable, señor Rivers —dije. Y era sincero; Sally Rivers había sido una mujer de belleza excepcional y el hombre que había destruido aquella hermosura se merecía todas las penas del infierno—. Comparto sinceramente su pena.

—Gracias, señor Balfour. Y ahora, si quiere expresarme el motivo de su visita…

—Se trata precisamente de su esposa —contesté.

Me dio la sensación de que Rivers se ponía instantáneamente en guardia.

—¿Qué es lo que quiere usted saber de ella? —preguntó con tono ya menos amable.

—Es posible que lo que voy a decirle no le agrade, señor Rivers, pero no me queda otro remedio que hacerlo. En vista de que la policía como acaba de decir acertadamente, no ha conseguido ningún resultado práctico, he sido encargado por cierta persona de realizar las pertinentes investigaciones para descubrir al asesino.

El rostro de Rivers se cubrió en el acto de una capa de púrpura. Extendió su mano hacia mí con gesto colérico.

—¡Dígale a mi cuñada que me deje en paz y que no se entrometa en asuntos que no la conciernen para nada! —barbotó, con una explosión de ira de la cual no hubiera creído capaz a un hombre de su tipo—. Esa condenada Donna… siempre fue una entrometida,

nunca nos dejó en paz, ¿sabe usted, señor Balfour? Quería gobernar nuestras vidas a su capricho, como si Sally y yo fuésemos sus esclavos o qué sé yo. Pero ahora Sally está ya muerta y ella —ya no tiene nada que ver conmigo. Dígale usted cuando la vea que me deje en paz definitivamente.

Rivers hizo una pausa, se ahogaba. Cuando, al fin, se hubo recobrado, me miró con ojos lacrimosos.

—Dispénseme, señor Balfour, pero amaba intensamente a Sally y ella me amaba a mí también. Donna estuvo a punto de destruir la felicidad de nuestro matrimonio con sus insidias. Dígale que respete al menos mi dolor y que no vuelva a molestarme en lo que me queda de vida.

—Lo haré así, señor Rivers, puesto que usted lo desea —contesté —. No obstante, me parece, que a fin de cuentas, debe desear que el asesino sea castigado, ¿no es cierto?

—Por supuesto —respondió—. Y sólo pretendo que le echen el guante para que le den lo que se merezca.

—Lo veo un poco difícil, señor Rivers —repliqué—. El asesino de su esposa murió anoche.

Rivers pareció haber recibido un golpe en pleno pecho.

—¿Qué? —murmuró.

—Lo que oye. El asesino de su esposa fue un tal Art. Bramm y murió anoche cosido a balazos.

El dueño de la casa asintió pesadamente.

—Entonces —murmuró—, no veo qué objeto persigue con su investigación, señor Balfour.

—Art Bramm era un pistolero profesional, que se vendía a quien mejor le pagaba. Por eso me interesa hallar al hombre que le ordenó asesinar a su esposa.

—Es… es horrible —murmuró Rivers—. ¿Es posible que existan hombres así… hombres capaces de matar… por dinero…?

—Existen —respondí fríamente—. Si su esposa pudiera hablar, nos lo confirmaría. Por eso he venido a verle, para hablar con usted y tratar de hallar algún detalle que pueda ayudarme en mis pesquisas.

Rivers sacudió la cabeza.

—No… no sé nada —dijo—. Ya declaré todo a la policía. Sally y yo no temamos enemigos… a no ser mi cuñada, pero no creo que

ella llevase su antagonismo hacia mí hasta el extremo de matar a su propia hermana. En todo caso, hubiera sido yo la víctima, ¿no cree?

—Posiblemente —concordé. El detalle de las malas relaciones existentes entre Donna y Rivers era algo que merecía la pena ser profundizado, aunque con la interesada—. ¿No conoce usted —pregunté— algún motivo por el cual su esposa pudo ser asesinada?

—No, en absoluto. Sally y yo hacíamos una vida ordenada y tranquila. Estoy seguro de que, salvo Donna, carecíamos de enemigos. Ella nunca me quiso como cuñado, pero no pudo impedir que Sally y yo nos casáramos.

—¿Puedo ver la habitación donde murió su esposa?

Rivers me miró fijamente durante unos segundos. Luego, con voz ronca, dijo:

—Venga conmigo.

Salimos del despacho y nos encaminamos hacia una escalera que conducía al piso superior. En el momento en que poníamos el pie en el primer peldaño, sonó el teléfono.

—Excúseme —dijo Rivers.

Regresó al despacho, en donde se encerró en el acto. Mientras aguardaba, saqué un cigarrillo que me puse en la boca, para entretener la espera.

Una mano surgió repentinamente por encima de mi hombro, con un encendedor en ella… Sentí en mi nuca un cálido aliento, a la vez que escuchaba una voz sensual y espesa.

—¿Me permite el señor? —dijo Meg, la doncella.

CAPÍTULO VII

Encendí el cigarrillo en la llama que me brindaba la provocativa doncella.

—Tengo la tarde libre —dijo—. ¿Dónde podremos vernos, buen mozo? Soplé la llama del encendedor. Me volví hacia ella.

—En cambio, yo la tendré muy ocupada. Lo siento… de verdad, Meg. Ella continuaba sonriendo.

—No, si le digo para qué quiero hablarle.

—Veamos —dije.

—Se trata de la señora Rivers. Usted hace pesquisas para encontrar a su asesino, ¿no es cierto?

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunté recelosamente. Me miró de arriba abajo.

—Se le ve a la primera —declaró con una sonrisa de superioridad—. Tiene usted un aire de fisgón que no puede disimular, por más que lo intenta. ¿Qué le parece el «Red Drum» a las cinco y media de la tarde?

—Una buena hora para una cita con una chica tan guapa como tú, Meg —respondí—. Acudiré.

Meg hizo aletear sus espesas pestañas.

—De acuerdo. Venga… con mil dólares en el bolsillo.

Sentí que el estómago se me contraía de pronto. ¡Mil dólares! No era nadie la fulana pidiendo.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho. Meg sonrió modosamente.

—Me alegro haberle sido útil al señor —dijo. Y se alejó. Rivers me miró inquisitivamente.

—Quise fumar —dije— y resulta que no tenía fuego. Entonces la doncella vino en mi socorro.

—¡Hum! —Fue todo lo que dijo Rivers, pero no pude averiguar si se trataba de un simple gruñido de asentimiento o de desconfianza.

Emprendimos el ascenso. Rivers me condujo hasta una habitación que era una especie de salita de recibo, coquetonamente amueblada, la cual tenía una puerta que daba, según pude ver, al dormitorio del matrimonio.

—Aquí fue —dijo con voz estrangulada—. La encontré allí, junto a aquel rincón.

Miré al lugar que me indicaba. Las huellas de sangre habían desaparecido. Todo estaba restaurado y no se vela nada que pudiera indicar que allí se había cometido un crimen abyecto y repugnante.

—¿Se encontraba sola la señora Rivers en el momento de su muerte?

—Sí. Yo estaba fuera, en mi oficina.

—¿Y la doncella?

—Era su día libre.

—¿Cómo pudo llegar Bramm hasta aquí? Lo lógico hubiera sido que el asesino la hubiera matado en la puerta de su casa, ¿no cree?

Se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió.

Le miré unos segundos fijamente. De haber sido otro el asesino, podría haber pensado de otra manera, en una discusión entre amantes a espaldas del esposo, por ejemplo. Pero los tipos como Bramm, que viven exclusivamente de su pistola, no dejan nunca que las faldas interfieran su «labor». Saben que no pueden confiar en una mujer y por ello evitan con todo cuidado el menor embrollo sentimental. Sin embargo, resultaba incomprensible que Sally Rivers hubiera ido a morir arriba, en una salita íntima, en lugar de recibir el disparo fatal en el despacho, por ejemplo, o en otra habitación menos conspicua de la casa.

—Gracias —contesté al cabo—, eso es todo, señor Rivers. Lamento haber reavivado su pena… aunque, compréndalo, me pagan para ello.

—No se preocupe. Usted siga con su trabajo; pero, por favor, dígale a Donna que no vuelva a molestarme.

—Se lo haré saber así, señor Rivers.

Salí de la habitación, seguido por el dueño de la casa. Bajé la

escalera y me despedí de él.

—Ha sido muy amable —dije—. Repito mi condolencia, señor Rivers.

—Muchas gracias. Adiós.

Al retirarme, pude ver a la linda Meg que me miraba desde la puerta situada frente a la de entrada. Frotó sus dedos índice y pulgar haciendo un gesto inconfundible, y luego abrió todos los de la mane, de modo que formaron la cifra cinco. La mímica se comprendía en el acto. Mil dólares a las cinco de la tarde.

Asentí con un parpadeo. Tendría que pedir el dinero a Donna Horgan; mi exiguo capital no alcanzaba para tanto, Pero, me pregunté, ¿tan importante era lo que tenía que comunicarme la doncella que valía mil dólares?

Rivers me despidió en la puerta de la casa. La verja del jardín se abría por medio de un mando eléctrico, que manejó desde allí. Bajé los cuatro peldaños que me separaban del sendero enarenado y caminé hacia la salida.

Mientras caminaba pensé en Meg. Una doncella demasiado atractiva para no curar el lacerado corazón de un viudo, me dije, quizá con demasiada suspicacia.

Salí a la calle y busqué un taxi. Recordé que tenía que ver a Yerapoulos y, de paso, recoger mi coche.

En aquel momento, un automóvil negro se detuvo junto al cordón de la acera. La puerta trasera se abrió y un individuo me miró desde el interior.

—Creo que anda buscando un coche, señor Balfour —dijo el fulano.

—Por supuesto, pero no el suyo —respondí.

—¿De veras? —dijo entonces una voz a mi espalda—. Suba, le conviene. Algo duro se dejó sentir en mis riñones, —apoyando la proposición.

Lancé un suspiro.

—Acepto —dije, y entré en el coche.

Al agacharme, algo parecido a un martillo pilón me golpeó en la nuca y caí desmayado en el acto.

CAPÍTULO VIII

Desperté notando la sensación de que la cabeza se me iba a abrir en mil pedazos. Círculos de todos los colores del arco iris bailaron una frenética zarabanda ante mis pupilas, antes de que pudiera recuperar la plena conciencia de mis actos.

Cuando me sentí un poco mejor, abrí los ojos. Me di cuenta de que estaba tendido en el suelo, en una habitación llena de polvo y suciedad, sin otra abertura que una puerta de madera, alumbrada por una lámpara de escasa potencia lumínica. En la habitación había dos o tres sillas y una mesa, además de un lavabo en un rincón, por todo moblaje.

Dos de las sillas estaban ocupadas por sendos individuos, los cuales entretenían su ocio jugando a las cartas. Uno de —ellos reparó en que me había movido y dijo:

—¡Eh, tú! Ese tipo ya se despierta.

Me senté en el suelo sin encontrar oposición al gesto. Uno de los gorilas se me acercó.

—¿Qué tal va eso, amigo? —dijo.

No tenía nada en las manos, pero el bulto del lado izquierdo de su americana era sumamente delator.

—Mal —contesté lacónicamente. El gorila rió satisfecho.

—Puede darme las gracias porque no le haya roto el cráneo, fisgón —dijo—. Sé calcular bien los golpes, no obstante. Aposté con mi amigo a que estaría durmiendo una hora o más.

—No me gustan las apuestas que se hacen a costa de mi sesera —refunfuñé. Con la mano señalé al lavabo—. ¿Puedo refrigerarme? —pregunté.

—Claro. Vaya allá, pero no intente ninguna treta, ¿estamos?

—De acuerdo —respondí.

Al incorporarme, la habitación giró vertiginosamente a mí alrededor, pero logré evitar el mareo cerrando los ojos y haciendo unas cuantas inspiraciones profundas.

Caminé hacia el lavabo y abrí el grifo, empapando un pañuelo en agua. Apliqué la prenda a la nuca hasta que la frialdad del líquido hubo surtido sus efectos y empecé a notarme un poco mejor.

Luego busqué entre mis bolsillos y conseguí hallar cigarrillos y fósforos. Mientras encendía un pitillo, vi que los dos gorilas no me perdían de vista un solo segundo.

—Bueno —pregunté al cabo—, ¿puedo saber por qué me han traído aquí?

—Calma, fisgón —dijo uno de los individuos—. Todo a su tiempo.

—¿En dónde estamos?

—Usted, en la antesala de la sepultura —contestó el otro gorila, con un tono que me heló la sangre en las venas.

Su compañero rió estruendosamente.

—Muy bueno, Hare —dijo—, muy bueno.

—A mí no me hace ninguna gracia —refunfuñé—. Creo que les convendría mucho más que me dejaran salir de aquí cuanto antes. De lo contrario, podría costarles bastante caro.

Hare hizo una mueca.

—¿Oyes lo que ha dicho ese tipo, Bump?

—Déjalo, está chiflado —contestó el otro con desdén—. Bueno, ¿seguimos jugando o qué?

No me hacían caso, parecía como si yo no existiera para ellos, aunque siempre tenía en mí fija la vista de uno de los dos. Las armas estaban guardadas, pero yo sabía que apenas hiciera el menor movimiento sospechoso, me llenarían de plomo.

Es preciso, pues, armarse de paciencia. Tenía la seguridad de que estaban esperando a alguien y que no actuarían hasta que ese alguien hubiera llegado. ¿Quién podía ser?

Quedaba una silla libre. La tomé y, sentándome en ella a horcajadas, me coloqué al lado de la mesa.

—Quizá si me lo permitieran podría entretenerme jugando un rato con ustedes.

—¿Con qué dinero? —preguntó Haré.

—Pues…

Eché mano al bolsillo, hallándolo completamente vacío. Busqué en la billetera con idéntico resultado. El despojo de que me habían hecho víctima mis captores me puso furioso.

Rieron a carcajadas al ver la cara que ponía. Lancé unas cuantas maldiciones y volví a ponerme en pie.

El tiempo transcurrió lentamente. En una o dos ocasiones me acerqué a la puerta, sin que ellos me lo prohibieran, aunque siempre vigilándome celosamente. Casi cuando quise darme cuenta, eran ya las tres de la tarde.

—Bueno —pregunté, exasperado—, ¿es que vamos a permanecer aquí toda la vida?

—Usted, casi —respondió Haré con flema.

—Da modo que piensan asesinarme.

—Esa palabra suena muy mal, fisgón —contestó Bump.

—Pero es la verdad, ¿no? Se encogió de hombros.

—Sigue, Haré —fue todo lo que dijo.

Pasó media hora más. Estaba viendo que si no hacía algo y pronto, aquellos tipos acabarían conmigo de la misma manera que lo habían hecho con el infeliz Phil Ketchum. Y no tenía el menor deseo de acabar mis días en un muladar.

Pero ¿cómo salir indemne? Aquellos tipos me habían registrado a conciencia, dejándome encima sin un alfiler. Y si intentaba algo contra ellos, me freirían a balazos.

Tenía que actuar, por supuesto, pero de una manera astuta, que me permitiese dominarlos antes de que pudieran sacar sus armas. ¿Cómo?

Empecé a pasearme por la habitación, tratando de hallar el medio que une permitiera librarme de aquel encierro, sin daño físico y con el mínimo, por supuesto. Idea tras idea acudieron a mi mente, pero todas ellas fueron rechazadas por impracticables.

Haré empezó a ponerse nervioso.

—Condenación, siéntese de una vez —gruñó.

—Déjale que se pasee lo que quiera —intercedió Bump—. Ya tendrá tiempo de descansar.

Me miró y rió, enseñándome unos dientes amarillentos por el abuso del tabaco, que incitaban a saltarlos a puñetazos. Pero estaban fuera del alcance de mi mano.

Pasó un cuarto de hora más. Tenía el presentimiento de que a

cada segundo que transcurría, me iba acercando más a mi final. El hombre que había decretado mi secuestro no podía tardar. Y entonces…

De repente, sin saber cómo, me vi junto a la puerta. Entonces se me ocurrió una treta.

¿Por qué no ponerla en práctica?

Saqué un cigarrillo y me lo coloqué entre los labios. Luego extraje del bolsillo una tira de fósforos, en la cual quedaban todavía unos quince o veinte. Aquel cartón de fósforos podía ser la llave que me abriese la puerta… si sabía utilizarla como era debido.

Esperé unos minutos, con la espalda apoyada contra la madera de la puerta. De pronto, vi que los dos pandilleros se enzarzaban en una prolija jugada de póker, con la consiguiente discusión, y que su atención se desviaba de mí per unos segundos.

Aquél era el momento que esperaba. Rápidamente, antes de que pudieran advertirlo, pegué con los nudillos en la puerta.

—Parece que llaman —dije.

Haré y Bump me miraron con suspicacia. El primero consultó el reloj.

—Dijo que no vendría hasta las cuatro y media o las cinco —murmuró el primero.

—Acaso mudó de parecer —contestó Bump—. Iré a ver.

—Ten cuidado —dijo Hare.

—Bueno.

Bump llegó hasta mí y sacó la pistola.

—Apártese —dijo.

—Está bien —contesté.

Rasqué la cerilla en el frotador, pero en lugar de acercar la llama al cigarrillo, la coloqué junto a las cabezas de los otros fósforos.

La tira se encendió de inmediato con una viva llamarada. Le arrojé el cordoncito ardiendo a la cara y Bump hubo de llevarse ambas manos al rostro para evitar ser cegado. No obstante, las llamas le chamuscaron todo un lado del rostro, cosa que le hizo prorrumpir en mil imprecaciones y denuestos contra mí. Al levantar las manos precipitadamente, soltó la pistola de modo instintivo y el arma cayó al suelo.

Esto no era lo que yo quería, sin embargo. Sabía que durante unos momentos tendría a Bump fuera de combate. Podía

apoderarme de la pistola, pero Hare sería aún más rápido que yo. Entonces llevé a cabo la segunda parte de mi plan.

Di dos zancadas rápidas y atravesé la estancia en el instante en que Hare se ponía de pie, metiendo la mano en el interior de su chaqueta. Como no podría llegar a él antes de evitar el disparo, salté hacia adelante con el cuerpo extendido por completo, como si fuera a arrojarme al agua en una final de natación.

Caí sobre la mesa, derribando vasos y botellas. Resbalé sobre el tablero a gran velocidad.

Mi cabeza impactó contra el estómago de Hare con terrible fuerza. El gorila lanzó un aullido de dolor al sentir el golpe y cayó de espaldas, yo encima de él, por supuesto.

A pesar de todo, no había perdido el sentido. Tuve que estrellarle el puño contra el mentón y su cabeza golpeó contra el pavimento con hueco sonido.

Oí a mis espaldas las maldiciones de Bump. Rebusqué frenéticamente hasta apoderarme de la pistola de Hare. Luego me volví, sin incorporarme totalmente.

Bump había recobrado ya la pistola. Se tapaba todo el lado izquierdo de la cara con la mano del mismo lado. Disparó una fracción de segundos antes que yo, pero su puntería se veía mermada por el dolor de la quemadura.

La bala pasó a unos centímetros de mi cabeza, levantando lascas de yeso en la pared que había a espaldas mías. El estampido removió el polvo del techo.

El otro disparo sonó casi en el acto. Una expresión de asombro se dibujó en el rostro de Bump, cuya mano soltó la pistola inmediatamente.

—¡Condenación! —Gruñó—. ¡Me ha matado!

Se sentó en el suelo, apretándose el vientre con ambas manos. Un hilillo de sangre empezó a escurrirle por entre los dedos.

Me acerqué a él, meneando la cabeza.

—Tienes razón —dije—. Lo siento.

Me miró con los ojos velados ya por la proximidad de la muerte. Una rosada espumilla apareció de pronto en sus labios.

Pegué una patada a la pistola, enviándola al otro lado de la estancia. Luego me arrodillé a su lado.

—Tienes que decirme por cuenta de quién trabajas, Bump —dije

—. Quizá así me hagas un favor, y de paso descargas tu conciencia que buena falta le debe estar haciendo.

—Váyase… al infierno —murmuró.

Dobló la cabeza a un lado y murió apoyado contra la pared.

Permanecí unos momentos en silencio. No me gustaba lo que había hecho, pero Bump no me había dejado otra opción. Era su vida o la mía, y todo había dependido de una cosa tan insignificante como una simple tira de fósforos.

Me incorporé, yéndome hacia Hare, el cual continuaba inconsciente en el suelo. Traté de reanimarle, pero todo fue inútil.

Una súbita sospecha asaltó mi mente. Arrodillándome junto a Haré, levanté uno de sus párpados.

La peculiar contracción de la pupila me dijo que el tipo padecía una fortísima conmoción cerebral, de la cual tardaría mucho en recuperarse. Esto explicaba el sonido a hueco que había escuchado al golpearle en el mentón.

Me puse en pie, no sin recobrar antes mi dinero. No podía quedarme allí hasta que Haré recobrase el conocimiento; quizá, podía tardar días en hacerlo y yo no tenía tanto tiempo para perderlo, máxime teniendo otras cosas que hacer.

Fui hasta la puerta, pero estaba cerrada con llave. Tuve que buscar en los cuerpos de los dos pandilleros, hasta dar con ella. Entonces pude considerar el paso como expedito.

Salí del cuarto, descendiendo por una vieja escalera de peldaños de madera a un espacioso cobertizo destinado a almacén o cosa por el estilo, y que en aquellos momentos se encontraba absolutamente vacío. Mis pasos resonaron ampliamente al cruzar en dirección a la salida.

La puerta grande que daba a la calle estaba asegurada con llave también, la cual encontré en el manojo de qué había despojado a Bump. Abrí y miré fuera.

En aquel momento, un coche negro se acercaba a la puerta. Yo ya había asomado más de la mitad del cuerpo, de modo que me resultaba imposible volver adentro sin ser visto.

El conductor del coche me vio a mí, pero yo no pude distinguir sus facciones, casi completamente ocultas por el clásico procedimiento del ala del sombrero bajada y el cuello del abrigo levantado. Al darse cuenta de que por la puerta del almacén salía

un tipo que no era ninguno de los dos que debían hacerlo, pisó el acelerador.

El auto desapareció rugiendo, antes de que hubiera tenido tiempo apenas de percatarme de lo que sucedía. A no ser por la reducción de velocidad que había efectuado el conductor al aproximarse al almacén, hubiera podido creer que se trataba de un hecho completamente casual.

Fuera como fuese, allí no tenía ya nada que hacer y sí mucho en otras partes. Me fijé bien en la situación del lugar por si necesitaba regresar algún día, después de lo cual, utilizando el propio coche de los forajidos, que estaba aparcado a la puerta del almacén, emprendí el camino de vuelta a la ciudad.

CAPÍTULO IX

El «Red Drum» («Tambor Rojo») era un local con ciertas pretensiones, situado en la calle Stone. Cuando llegué a él, eran ya las cinco menos diez de la tarde.

Busqué un rincón, el más apartado que pude, y pedí un doble que *whisky*, que apuré en dos tragos. Luego volví a pedir otro.

Saqué cigarrillos. Tuve que llamar al camarero para que me proporcionara fósforos.

Fumé la mitad del pitillo antes de que viera aparecer a May.

La muchacha vino taconeando hacia mí, con aquella sonrisa suya tan provocativa que no parecía abandonarla un momento. Se sentó a mi lado después de haberse despojado del abrigo y pegó su cuerpo al mío. La mampara del semirreservado permitía ciertas libertades.

El camarero vino y ordené bebidas. Le ofrecí un cigarrillo que ella fumó ávidamente.

Esperé a que nos hubieran servido.

Meg no hacía sino moverse en el asiento y cada uno de sus movimientos estaba encaminado a hacer resaltar los innegables encantos de su busto firme y turgente, del cual se adivinaba el nacimiento a través del audaz escote de su vestido. Pero yo no estaba en aquel momento para bromas de cierta índole.

—¿Y bien? —dije, al quedarnos solos.

—¿Ha traído los mil pavos? —me espetó ella, de buenas a primeras.

—No —contesté.

La sonrisa se borró un instante de su boca. Pero fue eso solo: un instante.

—Entonces no hay información, buen mozo —dijo tan fresca.

—Escucha, preciosidad, no sé qué es lo que quieres decirme ni si esa información vale realmente los mil dólares que pides. De lo que sí estoy seguro es de que no tienes la menor idea del avispero en que te has metido y de que en cualquier momento puedes terminar con más agujeros en tu cuerpo de los que puedes contar con los dedos de las manos y los pies.

—Estás mintiendo —dijo, con una súbita alteración de su respiración. Me encogí de hombros.

—Tómalo como quieras, preciosa… —respondí—. ¿Por qué no eres buena y —metí la mano en el bolsillo— te contentas por el momento con cien dólares?

Sus ojos me miraron con desdén y codicia al mismo tiempo. Acabó por tomar el dinero, pese a hacerse la remolona.

—Está bien —dijo—. Pero quiero que lo consideres solamente como un anticipo y que resta todavía una deuda de novecientos, ¿estamos?

—Si la información vale la pena, te los daré. Vamos, desembucha. ¿De qué se trata?

—Llevo solamente seis semanas en casa de Rivers, pero en ese tiempo he podido darme cuenta de muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Los dos esposos no estaban tan enamorados como parecía. Sostenían a menudo fuertes discusiones.

—¿Acerca de qué?

—No lo sé, no pude averiguarlo nunca. Sólo sé que discutían y que sus voces se oían con frecuencia. Eran unas discusiones un poco raras, la verdad.

—A ver, explícate.

Meg aplastó el cigarrillo contra el cenicero. La sonrisa se borró un momento de su rostro.

—El tipo intentó echarme mano en más de una ocasión. Pero él no me gusta, la verdad.

—Entonces, ¿por qué sigues con él?

—El sueldo es bueno y la labor descansada. Hay una mujer que viene todas las mañanas a hacer lo más duro de la limpieza. Rivers no come nunca en casa, de modo que yo me he de limitar a prepararle el desayuno y la cena. Prácticamente, es eso todo lo que hago.

—No está mal —aprobé—. Y después de muerta la señora Rivers, ¿ha seguido persiguiéndote?

Meg sacudió la cabeza.

—No. Y lo encuentro un poco extraño, porque daba la sensación de estar chillado por mí —sonrió picarescamente—. Muchos lo han estado, querido.

—No me extraña. Yo también… si tuviera tiempo. Pero, prosigue, parece ser que vas a ganarte por fin los mil dólares.

—Gracias, buen mozo —dijo Meg—. Estábamos con las discusiones del matrimonio. Yo sé de unas cinco o seis por lo menos. Empezaban a hablar, hablar y subían el tono de voz, pero esto duraba escasamente un par de minutos. Luego se callaban… y bueno, supongo que se reconciliarían.

—¿Sorprendió la señora Rivers a su esposo haciéndote la corte?

—Una vez. La última, poco antes de morir. Pero yo ya te digo que no era tipo de mi agrado y mi actitud, cuando ella me vio, resultaba inequívoca. No había fingimiento al rechazarlo y la señora lo comprendió así.

—¿Y no habló para nada de despedirte?

—Me dijo más tarde, a solas, que lo comprendía todo, pero que, a pesar de todo, estaba contenta conmigo y esperaba de su esposo que volviera al buen camino. De lo contrario, y aun sintiéndolo mucho por mí, se vería obligada a despedirme. Yo le dije que procuraría no darle una nueva ocasión a su esposo y así quedó la cosa por el momento. Dos días más tarde, moría ella asesinada.

—Aquella tarde estabas fuera de casa.

—Cierto. Era mi día libre, como hoy.

—En cuanto a Rivers, ¿acostumbra a salir todos los días, de su casa?

—Sí. Se marcha alrededor de las diez de la mañana y no vuelve hasta las siete de la tarde. Ella murió, según creo, a las cinco de la tarde, más o menos. Yo había salido a las cuatro.

—Eso significa que el asesino conocía las costumbres de la víctima.

—Posiblemente estuviera espiándonos afuera —dijo Meg.

—Es cierto —concordé—. Oye, ¿no pudiste nunca enterarte de por qué discutían?

—No, nunca.

Me mordí los labios, sumamente pensativo. Aquellas discusiones no cuadraban bien con una pareja tan enamorada, según tenía entendido. Es cierto que los esposos discuten en alguna ocasión; de lo contrario, la vida matrimonial sería aburridísima; pero una cosa es una discusión accidental, y otra es que en el breve espacio de tres semanas que llevaba Meg en casa de los Rivers, hubiera sido testigo de doble número de discusiones.

—Al menos —dije—, sabrás quien llevaba la voz cantante.

—Ella —replicó Meg, sin vacilar.

—¿Seguro?

—Positivamente, no cabe la menor duda.

—Haz un esfuerzo —rogué—. Trata de recordar a ver si cazaste alguna frase, alguna palabra, en fin, que pueda darme una pista.

Meg hizo un esfuerzo… Su busto palpitó rápidamente.

—¡Sí, ya está! —dijo—. Hasta ahora no me había acordado, pero… me ha venido a la memoria de repente. Fue la última vez, dos días antes de morir. Ella decía: «¡Lo sé casi todo, Jonathan! ¡Ese tipo te está engañando miserablemente! ¡Se ha burlado de ti… y lo estoy pagando yo…!». Y ya no pude oír más, porque sonó el teléfono y tuve que atenderlo.

—¿No estaban en el despacho? —pregunté.

—Sí, pero hay un supletorio en el vestíbulo y estaba conectado en aquel momento.

Conque les pasé la comunicación y luego me volví a la cocina.

—Es interesante lo que me has dicho. Cada vez estás más cerca de los mil dólares, preciosa.

Ella se movió en el asiento insinuantemente. Su cadera se oprimió contra la mía.

—¿No te ha gustado lo que te he contado? —preguntó con voz susurrante.

—Ha sido estupendo, preciosa —dije—. ¿Algún detalle más?

—No, en absoluto.

—¿Les viste luego al salir del despacho?

—A ella sí, tenía los ojos enrojecidos. Había estado llorando, no me cabe la menor duda.

—¿Y él?

—Parecía tan fresco a la hora de cenar, aunque pude captar un par de miradas aprensivas hacia su esposa. La cena se desarrolló

con toda normalidad.

Suspiré. La información era valiosa, pero, por supuesto, no valía los mil dólares. No obstante, y puesto que se los había prometido, tendría que entregárselos. Pagaría Donna Horgan, desde luego, a la cual le enteraría de lo que había averiguado aquella misma tarde.

Meg se acercó aún más. Del hombro a las rodillas no hubiera podido pasar un alfiler entre los dos.

Pasé el brazo alrededor de su talle, firme y flexible a un tiempo. Meg no opuso resistencia cuando incliné la, cabeza hacia ella.

Un momento después se separaba, muy sofocada y con la respiración entrecortada.

—Muchacho… —dijo con voz ensoñadora—, eres único…

—Gracias —contesté, sonriendo—. Lástima que en estos momentos no disponga de más tiempo para continuar la demostración.

—¿Otro día? —preguntó insinuante—. Llámame por teléfono; enviaré a Rivers al demonio.

—Veremos —dije cautamente. Arrojé un billete sobre la mesa—. Oye, ¿hasta cuándo piensas seguir con ese tipo?

Ella se encogió de hombros.

—Mientras pague igual y se porte bien, es un buen empleo. No *sé* por qué se marcharía mi antecesora, la señora Trask…

Detuve el gesto, mirándola fijamente.

—¿Has dicho la señora Trask? —pregunté.

—Sí. ¿Por qué? ¿La conoces tú?

—¿Es una mujer alta, voluminosa, de grandes pechos y de unos cuarenta años de edad?

—La misma. Oye, ¿qué te sucede, querido? Me incliné hacia ella.

—Esta noticia se merece otro beso, hermosa —dije.

—¡Viva! —exclamó Meg gozosamente, enlazando sus brazos en torno a mi cuello.

CAPÍTULO X

La sirvienta negra que me atendió dijo:

—La señorita Horgan no ha venido todavía.

—Esperaré —repuse.

—Muy bien, señor.

Y me condujo hasta el salón de música, dejándome solo.

Fui al bar y me preparé Una bebida. Con el vaso en la mano, me acerqué al piano, sentándome en la banqueta.

Para distraer la espera, empecé a tocar las teclas con un solo dedo. Aunque entiendo algo de música, todo lo que sé en la práctica se reduce a «Leven Anclas» y cosas por el estilo, de modo que la emprendí con la conocida marcha, con el natural desalmamiento que es de suponer.

Así pasó como media hora, al cabo de cuyo tiempo se abrió la puerta y entró Donna Horgan.

Me miró en silencio. Interpreté lo que a mí me parecía que era «Vuelve al hogar, oh, Susana», y ella emitió una pálida sonrisa.

Se despojó del chaquetón de piel, que arrojó descuidadamente sobre una silla, quedando con una blusa de seda roja y unos pantalones de tela muy ajustados a sus piernas, de un dibujo atigrado que mareaba. Como de costumbre, parecía no llevar debajo otra indumentaria.

Se puso de beber y volvió junto al piano, sentándose a mi izquierda.

—Eso no es así —manifestó. Quité la mano de las teclas.

—No entiendo nada de música —respondí.

—¿De qué entiende, entonces?

—De mil dólares que tiene que darme inmediatamente, señorita Horgan —dije sin rodeos.

—¿Para qué?

—Para el pago de una valiosa información que he recibido esta tarde.

Ella depositó el vaso sobre el piano. Luego me pasó su dedo índice por la comisura de los labios y me enseñó la yema manchada de carmín.

Saqué un pañuelo y me limpié los labios.

—Gracias a ello, pude obtener —la información— bajo la promesa de pagar los mil dólares —respondí imperturbable—. De lo contrario, no hubiera podido enterarme de algunas cosas muy interesantes.

—¿Por ejemplo?

—De las discusiones tan frecuentes que sostenían en los últimos tiempos su hermana y Jonathan Rivers.

—¡Eso es incierto! —contestó ella; su espléndido busto se agitó con violencia, destacando sus formas turgentes bajo la seda de la blusa—. Sally y Jonathan se amaban apasionadamente.

Di dos golpes a sendas teclas.

—Permítame que lo dude. Mi información es de primera mano y no tengo motivos para dudar de ella.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Meg, la doncella de Sally.

Donna me miró a través de los párpados entreabiertos.

—¡Ésa…! —murmuró una palabra ofensiva—. Quería pescar a mi cuñado, eso es todo.

Y como Jonathan no le hacía caso, trata ahora de comprometerle.

—Una nueva versión de José y la esposa de Putifar, ¿eh?

—Así es —respondió Donna—, de modo que si los mil dólares están destinados a esa perra, olvídelo.

—Bueno —contesté—, eso es cuenta suya. Pero no puedo ir por ahí prometiendo dinero y luego no pagarlo. Corro el riesgo de no obtener más informaciones.

—Si todo lo que le ha dicho Meg no es más interesante de lo que le ha contado, debiera entonces haber sido ella la que lo hubiera pagado y no al contrario, señor Balfour —contestó la muchacha agitadamente.

—Posiblemente no lo es tanto como lo que me contó el propio

Jonathan Rivers.

—¿Qué le dijo mi cuñado?

—Sencillamente esto: que no volviera a entrometerse en su vida y que le dejase en paz de una vez.

La voz de Donna se hizo lejana de pronto.

—Nunca me gustó como esposo de Sally. Traté da disuadirla para que no se casara con él, pero todos mis esfuerzos resultaron inútiles. Era terca y lo consiguió.

—Y luego, usted, se entrometía constantemente en sus vidas privadas.

—Quería a mi hermana, eso es todo.

—Bien, pero Rivers estaba muy enamorado de ella.

—Lo cual no le impedía —retrucó Donna—, dilapidar su fortuna.

—¿En qué? —pregunté rápidamente.

—No lo sé. Sally no me lo quiso decir nunca.

Miré a la joven con aire de suspicacia. Toqué dos o tres teclas agudas.

—Me parece —dije lentamente—, que aquí todo el mundo trata de ocultarme las cosas que, oficialmente al menos, se desea sean averiguadas. Rivers dice que estaba muy enamorado de su esposa, pero perseguía a la doncella. Usted dice que era Meg quien perseguía a Rivers. Éste no se la mira ahora tan siquiera. Usted dice también que Rivers robaba a su propia esposa. ¿Cree que con tales manifestaciones uno puede obtener un resultado práctico?

Se encogió de hombros.

—Todavía está a tiempo de abandonar el caso, si lo desea —dijo. Me puse en pie.

—Muy bien. Le enviaré la minuta de mis servicios por correo. Y caminé hacia la puerta.

Entonces, Donna me llamó:

—¡Espere!

Detuve mis pasos. Ella me alcanzó, colocándose frente a mí.

—Por favor —se pasó una mano por la frente—, no me haga caso. Siga adelante, se lo ruego. Quería mucho a Sally, pero no tengo otro que usted en quien confiar, Balfour.

—Y yo, ¿puedo confiar a mi vez en usted? —pregunté.

—Bueno, según de qué se trate —respondió ella, vacilando.

—¿Cómo sabe usted que Rivers estaba arruinando a Sally?

—Me…, me lo dijo el director del Banco donde mi hermana tenía sus fondos. En poco más de un año, Rivers había dilapidado alrededor de trescientos mil dólares, más bien una cifra algo superior.

Lancé un silbido.

—¿Y en qué se gastó el dinero, si él, según parece, no tenía vicios de ninguna clase? Los ojos de Donna llamearon de pronto.

—Eso es lo que quiero averiguar… Y cuando ya lo sepamos, podremos conocer quizá al hombre que pagó para que mataran a mi pobre hermana.

—¿No será el mismo Jonathan? —apunté.

—No. Es demasiado cobarde para ello —contestó—. Además, por otra parte, la quería.

—Pero así la fortuna de Sally pasa a sus manos y puede disponer libremente de ella para sus especulaciones —sugerí.

Donna calló un momento. El argumento parecía irrebatible.

—Aun así… —dijo, pero su voz carecía de convicción.

—Está bien. Haré las indagaciones que sean precisas hasta llegar al fondo del asunto.

Una pregunta, señorita Horgan.

—Diga, Balfour.

—Su hermana poseía, al casarse con Rivers, una fortuna aproximada de setecientos mil dólares, de los cuales quedan alrededor de cuatrocientos mil. ¿Usted no tenía dinero?

—Sí. Unos cincuenta mil —su rostro se ensombreció de pronto —. Mi padre se enfadó conmigo mucho en sus últimos años.

—¿Por qué?

—Quería estudiar arte y me fui a París, donde viví cerca de tres años. Eso no le gustó a mi padre, que era demasiado conservador y por eso redujo mi herencia hasta límites muy estrictos.

—¿Y no continuó sus estudios de arte? —dije.

—No.

—¿Aquí tampoco? —exclamé de pronto, pasando el índice por una mancha de pintura verde que, todavía fresca, se veía en la manga de su blusa.

Donna enrojeció de pronto.

—He estado viendo a Murdo Mac Lean. Es el hombre que retrató

a Sally.

—Le conozco de vista —dije pensativamente.

Una idea se me acababa de ocurrir de pronto. ¿Por qué no hacer una visita al pintor? Si había retratado a Sally, ésta debía haber posado algunas semanas para él. En ese tiempo, debían haber intimado algo y quizá hubiera podido captar algunos detalles que a otros se les habían pasado inadvertidos.

Añadí, elogiando:

—Realizó un espléndido retrato de Sally.

—Es cierto. Posee un pincel mágico. Por eso voy de vez en cuando a su estudio. Me gusta verle pintar. Se aprende mucho, ¿sabe?

—No lo dudo —dije—. Bien, creo que se me hace ya tarde. Buenas noches, señorita Horgan.

—Buenas noches, Balfour.

Cuando salía de la sala escuché los primeros compases de una sonata, evidentemente de Scarlatti. La interpretación era espléndida, pero un poco violenta para mi gusto.

No obstante, la forma de tocar de Donna reflejaba una cosa con toda seguridad: su estado de ánimo estaba muy muy alterado.

CAPÍTULO XI

De allí fui a recoger mi coche, pues ya era hora de que lo recobrase de nuevo. Me encontré con la desagradable sorpresa de que ya no estaba en el mismo sitio que lo había dejado la noche anterior. Era lógico, había permanecido estacionado demasiado tiempo y la grúa municipal se lo había llevado al apartamiento, destinado a los coches que se encontraban en condiciones semejantes al mío.

Puesto que me encontraba ya próximo a una casa que me interesaba visitar, decidí acercarme a ella. Caminé, llegando a mi objetivo minutos después.

Emprendí el ascenso, llegando al piso donde vivía la señora Trask, a cuya puerta llamé con los nudillos, sin obtener la menor respuesta.

Volví a llamar. Me extrañó la ausencia de ruido. ¿Se habría ido después de la muerte de su esposo?

Decidí hacer una inspección de la casa, por ver lo que pudiera encontrar en ella. Hice girar el pomo y franqueé la puerta, extrañándome de no hallarla cerrada con llave.

Penetré en el vestíbulo, sin ver a nadie. Levanté la voz:

—¡Señora Trask!

Nadie contestó a mis llamadas. En vista de ello, pasé a la habitación contigua.

La mujer estaba sentada en una silla y me miraba fijamente, con una expresión rara en su rostro de rasgos duros y poco acogedores.

—Señora Trask —dije—, perdone que me haya introducido así en su casa, sin avisar, pero…

Ella no me contestó. Seguía inmóvil, contemplándome con singular fijeza. Noté un vago sentimiento de alarma. Me acerqué a la mujer.

—¿Se siente mal, señora Trask?

Continuó tan obstinadamente muda como al principio. Mi alarma subió de punto.

No sé qué extraño impulso me llevó a tocarle el rostro con las manos. La carne estaba caliente, pero no tuve tiempo de hacer más observaciones, porque, de repente, la mujer se deslizó a un lado y cayó al suelo de bruces.

El salto que di me llevó hasta la puerta de la habitación. Miré a la mujer helado de horror, contemplando espantado la herida que se le veía en el centra de la espalda.

La puñalada debía haber sido certera; apenas si había corrido un hilo de sangre por la espalda, lo cual indicaba que la hemorragia había sido interna, Pero no cabía la menor duda: la señora Trask estaba positiva y definitivamente muerta.

La ausencia de pulso en su carótida me lo confirmó. Por un momento permanecí irresoluto en el centro de la estancia, sin saber qué hacer.

Miré en torno mío. La habitación era un dormitorio que había servido para el matrimonio, el cual tenía una ventana de pequeñas dimensiones al otro lado del lecho y frente a la misma una puerta, evidentemente la de la cocina o el baño.

De pronto, me pareció oír un vago ruidito al otro lado de la puerta. Sin vacilar, desenfundé la pistola y apunté con ella hacia el lugar donde se oía el ruido.

—¡Salga de ahí inmediatamente o disparo! —exclamé.

El ruido se repitió. Parecía producido por unas uñas que arañasen la madera y crispa mis nervios de tal forma que hube de apelar a toda mi fuerza de voluntad para no lanzar un grito.

En vista de que el ruido no cesaba, me acerqué a la puerta, asiendo el pomo con la mano libre.

—No lo repetiré otra vez —dije en tono conminatorio—. O sale o hago fuego a través de la puerta.

Nadie contestó a mis amenazas. En vista de ello, moví el pestillo e hice girar un poco la puerta.

Sonó un bufido. Un enorme gato, blanco y negro, pasó por la rendija abierta, con la cola levantada y gruñendo disgustadamente.

Respiré aliviado, a la vez que me agachaba para pasarle la mano por el lomo.

—Menudo susto me has dado —dije, acuclillado junto al animal, el cual se dejaba acariciar indolentemente, como si mi gesto fuese un tributo que se le debía de modo obligado.

Y en aquel momento, la imagen del gato se multiplicó repentinamente por media docena más, todas idénticas al original.

Me encontré en el suelo, sin saber exactamente a qué obedecían las causas de mi súbita caída. Oí que el gato bufaba encolerizado.

Unas piernas de hombre pasaron por encima de mi cuerpo. Traté de estirar la mano para atrapar una de ellas, pero el tipo parecía un monstruo: lo menos tenía tres pares de piernas. Naturalmente, agarré la que no era y el asesino de la señora Trask pudo marcharse con toda tranquilidad.

Unos minutos más tarde, pude ponerme en pie, sintiendo un terrible mareo. Me llevé la mano a la nuca, encontrando en ella un chichón del tamaño de un huevo de paloma. Vacilando de modo espantoso, busqué el baño, metiendo la cabeza bajo el agua para refrescarme y aclarar mis ideas.

Era el segundo golpe que me propinaban en el espacio de pocas horas, menos de doce, y la cosa, como puede suponerse fácilmente, no era para enorgullecerse. Logré encontrar también un tubo de aspirinas, de las cuales tomé dos, con el fin de rebajar un tanto la intensidad de, mi dolor de cabeza.

Mi mente se aclaró al cabo lo suficiente para permitirme coordinar con toda normalidad. Encendí un cigarrillo y medité unos momentos.

Era evidente que el asesino estaba suprimiendo testigos comprometedores. La señora Trask podía haber sido uno de ellos, pero —y ésta era la pregunta que uno se formulaba en el acto—, ¿qué era exactamente lo que sabía?

Indudablemente, algo relacionado con la muerte de Sally Rivers. A fin de cuentas, era preciso recordar que había estado de sirvienta en casa de la hermana de Donna y que quizá había averiguado algunas cosas cuya divulgación no interesaba.

Cabía también la posibilidad de que conociera la identidad del asesino y que hubiera tratado de chantajearle. Esto era factible, dado que su esposo conocía el escondite de Bramm, acaso por ser amigos. ¿No podía darse el caso de que Bramm le hubiera revelado el nombre de la persona que le había pagado por matar a Sally

Rivers? Entonces, Trask se lo habría contado a su esposa y ésta, al conocer la muerte de su marido, habría tratado de sacar tajada del asunto. Pero el asesino, por lo que podía verse, era hombre resuelto a todo y no sentía el menor deseo de pagar un chantaje, que acaso terminara un día llevándole a la horca.

Y yo había llegado en el momento oportuno, tanto, que el criminal no había tenido tiempo de huir y se había visto obligado a esconderse en la pieza vecina. El gato, al salir tan inopinadamente, le había salvado; de no haberme acuclillado para acariciarle, no hubiera podido golpearme tan impunemente.

Allí ya no tenía nada que hacer. La muerte de la Trask se debía indudablemente a ciertos conocimientos que sólo ella poseía y su aspecto me dijo que no había sido mujer amiga de confiar tales conocimientos al papel. El perfecto orden que reinaba en todas las habitaciones me indicó claramente que el asesino conocía dicho detalle, porque no se había molestado en registrar un solo cajón.

Salí de la casa y llamé a la policía desde un teléfono cercano. Naturalmente, no di mi identidad; no tenía ganas de complicarme en un lío que me hubiera cortado las alas, estorbando así mis investigaciones cuando no impidiéndolas. Cené en el restaurante de costumbre, tras de lo cual me fui a la cama.

Estuve con la luz encendida bastante rato, tratando de encajar las piezas de aquel embrollo. Al fin, el sueño y el cansancio que había dejado en mi cuerpo el día tan agitado, me vencieron y me quedé dormido.

A la mañana siguiente, lo primero que hice tras las operaciones acostumbradas de aseo y desayuno, fue buscar en la guía telefónica el domicilio de Murdo Mac Lean. Lo encontré y, después de algunas vacilaciones, decidí acudir en persona a su estudio, sin previo aviso.

Primero fui a recoger el coche, abonando por él los derechos correspondientes de estada en el parque municipal, más la cuota por aparcamiento prolongado fuera de lo normal; luego me encaminé al estudio del pintor.

El estudio de Mac Lean estaba situado en la parte alta de una casa de apartamientos construida no hacía mucho. Subí en el ascensor y toqué con los nudillos en la puerta.

Ésta tardó unos momentos en abrirse. Al cabo tuve ante mí la figura del pintor.

Un piano sonaba en el interior del estudio. La ejecución de la pieza era perfecta. Me pareció el «allegro» de la «Sonata Apassionata», de Beethoven, pero no puedo afirmarlo.

Mac Lean me miró con curiosidad.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

Me presenté, dando mi nombre y otros datos. Luego agregué:

—Estoy investigando el asesinato de la señora Rivers, por encargo de su hermana, la señorita Horgan. Desearía de usted hablar unos momentos al respecto. Es decir, si no le molesta.

—En absoluto, señor Balfour —dijo el pintor amablemente. Se echó a un lado, cojeando—. Pase usted, por favor.

Crucé el umbral. Miré en torno mío. Estaba, en un amplio vestíbulo, cuyas paredes quedaban completamente tapizadas de cuadros, cuya expresión vigorosa y recia delataba la mano del hombre que tenía frente a mí. Era un artista, indudablemente, y no se podía dudar de su maestría en el arte de la pintura.

—¿Y bien, señor Balfour? —preguntó Mac Lean al cabo de unos momentos.

—Estaba admirando su obra —dije—. Me lo habían asegurado, pero ahora estoy comprobándolo por mí mismo. Es usted un gran artista.

—Gracias —sonrió Mac Lean, evidentemente halagado—. No lo hago mal del todo, pero usted se muestra exagerado en los elogios.

—He visto el retrato de la difunta señora Rivers —manifesté—. Me gustó enormemente, créalo. Supo usted captar toda la expresión de su alma, a la vez que retrataba fielmente su hermoso cuerpo.

El pintor inclinó la cabeza.

—Es una obra de la cual me siento particularmente orgulloso —sonrió—. Me hubiera gustado ser millonario para quedármela…, pero a veces la necesidad le obliga a uno a hacer cosas que no desearía. Por otra parte, el señor Rivers tenía todo el derecho a quedárselo.

—Es comprensible —contesté—. Y ahora, ¿quiere que pasemos de lleno al asunto que me ha traído? No deseo robarle más tiempo del estrictamente necesario, señor Mac Lean.

El piano continuaba sonando. Los dedos que lo manejaban eran sumamente delicadas y sensibles, de un artista digno competidor, en el terreno musical, del hombre que tenía frente a mí.

—Está bien, señor Balfour. Adelante, pues. ¿Qué es lo que desea de mí?

—Usted retrató a la señora Rivers. ¿Dónde posó ella, aquí o en su casa?

—En su casa. Lo convinimos así al hacerme el encargo del retrato.

—¿Cuántas sesiones le costó?

—Oh, unas treinta o cuarenta más o menos. Me di cuenta inmediatamente de las infinitas posibilidades que ofrecía la señora Rivers y quise hacer una obra maestra.

—Y lo consiguió, en efecto —manifesté—. ¿Cuánto tiempo duraba cada sesión?

—Una hora y media, por término medio. Al cabo de dicho tiempo, tenía que suspender el trabajo. La señora Rivers era sumamente excitable y se ponía tan nerviosa, que no podía estarse quieta y, por lo tanto, era preciso dar por terminada la sesión.

—De modo que era muy excitable, ¿eh? —murmuré como hablando a solas. Luego pregunté—: ¿Observó usted alguna discrepancia entre ella y su esposo?

—Oh, no, en absoluto. Por lo que tengo entendido, estaban muy enamorados uno del otro.

—¿A qué hora iba usted a pintar a casa de los Rivers?

—Generalmente, de tres y media a cinco de la tarde.

—Lo cual quiere decir que, ordinariamente, el señor Rivers no estaba en casa durante la sesión de pintura.

—Exacto.

Mac Lean pareció recapacitar.

—Creo que sí. Vino un par de veces y estuvo un momento con nosotros, cambiando frases sin trascendencia alguna y relativas a mi trabajo. Siempre le vi muy cariñoso con su esposa.

—¿Y ella?

—También. Y puedo asegurarle que no fingían ninguno de los dos. Usted ya me entiende; a veces, los esposos están enfadados, pero guardan las apariencias delante de un extraño. En el caso presente, lo que hacían era verdad.

—Bien —dije meditabundo—, creo que ya no tengo mucho más que preguntarle a usted, excepto… Quizá le parezca un poco indiscreto, señor Mac Lean.

—En absoluto, señor Balfour —respondió el pintor—. Mi deseo más vivo es que se encuentre al hombre que pagó al asesino de la señora Mac Lean. Pregunte, que le contestaré…, es decir —agregó con una sonrisa—, si conozco la respuesta precisa.

—Gracias. No quiero ni me interesa saber si la cifra que le abonaron por el cuadro fue abultada, sino solamente si se le pagó puntualmente.

—Oh, sí, ya lo creo. Me pagó el propio señor Rivers.

—En un cheque, supongo.

—Desde luego.

—Firmado, ¿por quién? Mac Lean parpadeó.

—Por la señora Rivers. Ahora recuerdo que la cosa me pareció un tanto extraña, pero entonces no le di importancia.

Sonreí:

—A veces, los esposos tienen una cuenta corriente conjunta.

—Es posible que sucediera así en el caso de los Rivers —concordó el pintor.

—Bien —dije—, ya no tengo que hacerle más preguntas… Oh, perdone, queda todavía una en el tintero. ¿Posa la señorita Rivers para usted en la actualidad?

—No, aunque viene con alguna frecuencia a contemplar mi trabajo.

El piano continuaba sonando en la habitación contigua. Cosa rara, ahora tocaba una pieza completamente moderna: «Noche y Día», de Porter. Su autor se hubiera quedado maravillado de la ejecución.

Mac Lean se dio cuenta de mi observación.

—Es mi modelo —dijo—. Se entretiene a veces en tocar el piano en los descansos. Es una aficionada muy buena.

—¿Podría ver el cuadro que pinta en la actualidad, señor Mac Lean? —pregunté repentinamente.

El artista se sorprendió al escuchar mi deseo. Pero se rehízo en el acto.

—¡Cómo no! —murmuró—. Sígame, se lo ruego.

Cojeando, Mac Lean echó a andar hacia la puerta cercana. Observé que no usaba el bastón, sin duda porque sólo lo empleaba cuando salía de casa. Abrió la puerta para que pasara.

La música cesó en el acto. Fui rápido para mirar, pero la modelo

lo fue más para esconderse. No pude ver otra cosa que unos cabellos negros y un relámpago de carne blanca. La modelo corrió a esconderse tras un biombo que había en un rincón del estudio. Éste era muy grande y tenía casi todo su techo de cristal, como suelen ser los estudios de los pintores, con la única salvedad de que en el lado derecho con respecto a la entrada tenía un gran piano de cola, en el cual la modelo había estado interpretando a Beethoven y a Porter.

El caballete se hallaba a dos metros del piano, bajo el ángulo de luz más conveniente. Tenía un cuadro de tamaño natural, apenas esbozado, representando a una mujer en el momento de entrar en el baño en un río.

La mujer estaba casi de espaldas, con la larga cabellera negra suelta sobre los hombros marmóreos. Tenía la mano izquierda ligeramente levantada y la derecha alargada hacia una rama de un sauce que sobresalía en primer término. Sus pies estaban ya dentro del agua, en cuya superficie se veían esbozadas las primeras ondulaciones producidas por la entrada de la mujer en el río. El conjunto, aunque no era todavía más que un simple esbozo, poseía una fuerza y un vigor realmente impresionantes.

Pero nada me impresionó tanto como advertir que el pintor y Donna me engañaban a un tiempo. Donna no había acudido allí a mirar, sino a posar, lo cual era muy distinto.

¿Qué era la muchacha para Mac Lean?

Le miré de soslayo. Pese a su defecto físico, Mac Lean, a sus cuarenta y pico de años era aún un hombre atractivo y no me extrañó en absoluto que Donna se hubiese enamorado de él. ¿También la señora Rivers?

—Como puede ver, es sólo el inicio —dijo el pintor—. Necesito la modelo para hacer la composición; antes de ello tomé numerosos apuntes del natural en el río y en sus orillas para completar el cuadro.

—Me gustaría verlo terminado —dije—. Será estupendo. Lástima que no pueda vérsele la cara a la modelo.

—Precisamente ahí está la gracia de la composición; simula el baño de una hermosa mujer, que cree estar sola a orillas del río. Si la representara de frente, tendría que poner en su cara un gesto de sorpresa, lo cual, a mi entender, desvirtuaría la belleza de la

pintura.

—Es probable que sea así, como usted dice —concordé con una sonrisa—. Bien, creo que ya no tengo nada más que hacer aquí, señor Mac Lean. La conversación con usted, además de muy instructiva, ha resultado altamente agradable.

—Muy amable —murmuró el pintor, inclinándose.

Salí del estudio con un amargo sabor de boca. ¿Qué diablos me sucedía? ¿Por qué me mostraba tan celoso de Mac Lean?

Francamente, me molestaba el engaño de que había sido objeto por parte de Donna. Y no hateemos de lo que representaba el hecho de que posara en traje de Eva para Mac Lean. En todas las épocas, todos los pintores han pintado desnudos de mujer…, pero ¡rayos!, ninguna había sido Donna hasta entonces.

Furioso por lo que había averiguado, bajé a la calle. Iba a montar ya en el coche cuando, de pronto, se me ocurrió una idea.

Frente al edificio donde vivía Mac Lean había una cafetería. Decidí esperar.

Naturalmente, no cometí la torpeza de ir al local directamente, sino que caminé a pie un par de manzanas, dando luego un rodeo para volver al lugar deseado. Una vez en él, pedí me sirvieran una taza de calé y estuve aguardando junto a un ventanal, velado a medias por una persiana graduable.

Esperé al menos dos horas. Finalmente, mi paciencia se vio recompensada.

Una mujer salió del portal de la casa donde residía el pintor. Era alta, de formas esbeltas y rotundas y tenía el cabello intensamente negro. A distancia y de espaldas, la habría tomado por Donna.

Pero no era Donna, sino May, la camarera del «Kritos».

CAPÍTULO XII

La luz se encendió y parpadeé unos instantes hasta acostumbrarme al resplandor de la lámpara. No obstante, permanecí quieto en el sillón, sin dejarme ver por el momento.

Sonó un taconeo de mujer. La dueña del apartamiento fue de un lado para otro y al fin se dirigió hacia el cuarto de baño. Entonces pasó delante de mí.

—Hola, May —saludé.

La muchacha se volvió hacia mí a la vez que lanzaba un gritito de susto.

—¡Usted! —exclamó, enormemente sorprendida.

—El mismo, nena —dije, poniéndome en pie.

—¿Quién le dijo que yo vivía aquí? —preguntó belicosamente. Me eché a reír.

—El gordo Yerapoulos suele ser muy sensible a la seducción de un billete de diez dólares. Le dije que me gustaría charlar a solas contigo y el griego se mostró tan sentimental, que no vaciló en decirme tu domicilio.

—Está bien —dijo la camarera, adelantando su busto compacto con gesto retador—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Decirte que haces dos cosas muy bien: una posar desnuda para Mac Lean…

—La índole del cuadro lo exige así. ¿Acaso soy la única modelo que se quita la ropa delante de un pintor?

—Indudablemente, no. Y eso me deja frío, hasta cierto punto. La segunda cosa que haces muy bien es tocar el piano, May. Tu ejecución de la «Apassionata» ha sido realmente fascinante.

—Tuve buenos profesores —contestó hoscamente.

—¿En París?

—¿Qué importa dónde? —respondió con acritud—. Bueno, lárguese de aquí; estoy cansada y quiero, necesito dormir.

—Es natural —respondí—, sobre todo, después de haberte pasado el día trabajando, primero en el estudio y luego en el «Kritos».

May encogió sus hermosos hombros, puestos casi al descubierto por la blusa paisana que vestía.

—¿Y bien? Tengo que comer, ¿no?

Había dejado su bolso sobre una mesita. Lo tomó, abriéndolo, y metió la mano en el mismo.

Yo llevé la mía al interior de mi chaqueta. Ella sacó una pitillera y se echó a reír, mientras se ponía un cigarrillo entre sus rojos labios.

—Desconfiado, ¿eh?

Le di fuego, mientras la miraba fijamente.

—En estos últimos días he aprendido a no fiarme ni de mi sombra, May.

Expulsó el humo, echándomelo a la cara. Realmente, era muy hermosa y, además, endiabladamente atractiva. Llevaba el largo cabello negro suelto por los hombros, lo cual la hacía parecer aún doblemente más sugestiva.

—¿Ha venido aquí solamente para decirme eso, señor fisgón?

Me puse instantáneamente en guardia.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunté.

—Le vi el otro día cuando habló con el gordo Yerapoulos.

—Y esta tarde también —eran las dos de la mañana ya—, cuando estuve hablando con el pintor.

—Exactamente. El biombo tema una pequeña grieta que me permitió contemplarle a mi sabor.

—Y, por supuesto, oír todo.

—Sí claro.

Volvió a echarme el humo a la cara.

—¿Es cierto que la señorita Horgan va a contemplarte mientras posas para Mac Lean? Se echó a reír, sin contestar. De repente, dio un par de vueltas sobre sí misma, como si bailase en un escenario. El amplio vuelo de la falda subió bastante más arriba de las rodillas, permitiéndome contemplar el par de piernas más hermoso que he visto en mi vida.

Luego se detuvo frente a mí.

—¿Qué sucedería si me negase a contestar? —dijo.

Fui hacia ella y la tomé por un brazo. May me miró desafiante y, al mismo tiempo, retadora.

La sujeté por el talle, atrayéndola hada mí. No hizo nada por eludir la presión de mis manos. Antes al contrario, pareció sentirse muy satisfecha.

—Louie —dijo.

—¿Sí, May?

—Eres un buen mozo —su voz se hizo repentinamente ronca—. No me conviene que andes merodeando en torno mío. Mi estabilidad emocional sufriría demasiado.

—¿Y si en lugar de merodear me quedase de modo permanente?

Su mano, rematada en unas uñas sangrantes, me acarició la nuca, haciéndome sentir un extraño escalofrío a todo lo largo de la columna vertebral.

—Te gusta jugar al papel de conquistador, ¿eh?

—¿Quién es el conquistado en este caso? —retruqué.

Su aliento se hizo de pronto entrecortado. Un brillo sospechoso apareció en sus ojos, a la vez que sus labios se entreabrían.

De pronto, sus uñas se me clavaron en la nuca, tirando de mi cabeza hacia sí. Nuestros labios se confundieron en un fogoso beso que duró hasta faltamos el aliento.

May se separó de pronto, jadeando. Sonreía y tenía el rostro lleno de color.

—Vete, Louie, pronto —dijo con voz entrecortada.

Todavía tenía sujeta una de sus manos. Tiré de ella hacia mí.

—No tan deprisa —dije—. Antes quiero que me digas algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Te he oído mientras tocabas el piano. Lo haces maravillosamente. Además, tu voz no es mala del todo. ¿Por qué pierdes el tiempo en un local tan infecto como el de Yerapoulos? ¿Entra también dentro de tu contrato el que tengas que servir después en las mesas?

—Ya te dije antes que tengo que comer —respondió evasivamente.

—Pero con tu voz, con tu forma de tocar el piano… y el resto de

los encantos personales, que no tienen desperdicio precisamente, podrías obtener mucho más si quisieras.

—¿A cambio de qué, Louie? —preguntó desafiante. Comprendí lo que quería decirme.

—¿Es que no has encontrado ningún agente artístico con una pizca de decencia?

—Si me encuentras ese mirlo blanco —rió acremente—, te estaré agradecida por el resto de mis días.

—Conozco uno y es honrado. Le hablaré de ti —manifesté—. No quiero que sigas más en el «Kritos».

—¿Y si, a pesar de todo, te dijera que me encuentro a gusto en ese local?

—Entonces diría que tienes motivos especiales para continuar con Yerapoulos. Hizo un gesto ambiguo.

—Pudiera ser —respondió.

—¿Cuánto tiempo estuviste en París? —inquirí de pronto.

—Mucho tiempo, cinco o seis años —respondió.

—¿Perfeccionándote en el piano?

—Así es.

—¿También en el canto?

—Si aunque en esto no conseguí progresar. Quería haber llegado a cantante de ópera, pero —sonrió con cierta melancolía—, mi voz no da para tanto.

—Bueno —dije—, hay cantantes famosas que no se dedican a la ópera y ganan mucho dinero, May.

Se encogió de hombros.

—Dejémoslo, ¿quieres? Me llevé un gran disgusto cuando los profesores del Conservatorio dijeron que podía ser una buena pianista, pero no una cantante.

—Lo uno debiera haber compensado lo otro.

—Pero a mí me hubiera gustado más cantar —respondió ella, con un deje de evocación en la voz.

—Bien, es preciso resignarse con lo que tenemos. May, voy a marcharme, pero antes quisiera hacerte una pregunta.

—¿Sí, Louie?

—¿Donna Horgan, posa para Mac Lean, sí o no? Me miró fijamente antes de responder.

—*Yo*— subrayó el pronombre —no la he visto nunca haciendo

tal cosa, Louie. Oprimí su mano afectuosamente.

—Gracias, nena. Eso es todo cuanto deseaba saber. Me encaminé hacia la puerta. Ella me acompañó.

—Si deseas, iré a ver a ese agente de que te hablé antes —dije.

—¿Por qué no esperamos aún algunos días, Louie? —respondió.

—A tu gusto, May. Buenas noches.

—Buenas noches, Louie.

Salí de casa de la muchacha con cierto agradable saborcillo de boca que compensaba las numerosas contrariedades recibidas durante el día. Tomé el coche y me dirigí hacia mi domicilio.

Al llegar a la puerta me apeé, cruzando la acera. En el momento en que iba a introducir el llavín en la cerradura, algo se clavó en la madera de la puerta con tremenda fuerza, a escasos centímetros de mi mejilla derecha.

CAPÍTULO XIII

Me dejé caer de rodillas en el acto, a la vez que desenfundaba la pistola. Luego miré a lo lejos.

Una sombra corrió hacia un coche situado a unos cincuenta metros de distancia.

Montó en el automóvil y partió en el acto.

Cuando quise darme cuenta, el asesino estaba ya muy lejos y se había perdido en las sombras de la noche. Cualquier intento de persecución que hubiera iniciado no habría servido sino para hacerme perder el tiempo lastimosamente.

Me pase en pie, limpiándome maquinalmente las rodilleras de los pantalones. Luego miré hacia el objeto que me habían arrojado.

Era un cuchillo de ancha hoja y sólida empuñadura. El asesino había fallado su blanco por escasos centímetros y de haber acertado, me habría alcanzado en el cuello, tras la nuca. La muerte habría sido, pues, fulminante.

Tiré del cuchillo para arrancarlo, cosa que me costó bastante, tan fuerte se había hincado en la madera, Lo examiné, sin hallarle nada de particular. Era un vulgar cuchillo de cocina, aunque, eso sí, con la punta muy aguzada y el filo de una navaja de afeitar.

Profundamente pensativo, terminé de abrir la puerta. Subí a mi apartamiento y después de arrojar el cuchillo a un rincón, empecé a desnudarme. Era ya hora de irse a la cama.

Dormí profundamente hasta que sentí que alguien me tiraba de los pies para despertarme. Con los ojos cargados todavía de sueño, me senté en la cama.

Había a los pies de la misma un hombre. Era bajo y fornido, de ojos azules y duros y mandíbula cuadrada. Bastaba verle una sola vez para identificar su profesión en el acto.

—Hola, Louie —dijo el sargento Grindell, de la policía local.

—Hola, Grindell —contesté con un bostezo—. ¿Cómo por aquí tan temprano? El policía exhaló una sarcástica carcajada.

—¿Temprano? Son las diez y media de la mañana ya, Louie. ¿Dónde te metes para no haber acudido a tu oficina a estas horas?

—Estuve trabajando hasta muy tarde —dije evasivamente.

—¿En qué?

—Eh, oye, ¿desde cuándo acá se mete la policía en lo que hace un detective privado, en tanto no infrinja el código?

Grindell me miró oblicuamente.

—¿Estás seguro de no haber infringido el código, Louie?

—Hasta ahora —murmuré—, no creo que hayáis tenido queja de mí.

—Tú lo has dicho bien, hasta ahora, Pero no después.

—No te entiendo —me encogí de hombros.

—Sabes de sobra a qué me refiero —masculló—. Han muerto tres pistoleros y uno está en el hospital para tiempo. ¿Qué sabes del asunto?

—¿Qué me das a cambio de la información?

Grindell se frotó la mandíbula con gesto dubitativo.

—No puedo prometerte nada, Louie, pero si estás metido en algún jaleo, siempre podría echarte una mano. ¿Se trata del asesinato de la señora Rivers?

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté maravillado.

—El hombre que la mató ha muerto. ¡Cielos!, no vi nunca un tipo con tanto plomo en el cuerpo. ¿Quién se cargó a Bramm?

—Lo ignoro. Sólo sé que había descubierto su escondite y fui para sacarle la verdad acerca de la persona que le había pagado por matar a Sally Rivers. Pero en esto entraron dos pistoleros y lo cosieron a tiros.

—¿Y Trask?

—Un rebote de bala, calculo.

—Y tú ileso, ¿eh?

—Ya puedes verlo, Grindell.

—Claro. —El policía sonrió maliciosamente—. ¿Qué me dices de la señora Trask?

—¿Era verdaderamente su esposa? —pregunté.

—Bueno, digámoslo así. Contesta, Louie.

—Fui a verla. Quería interrogarla.

—¿Para qué?

—Estuvo sirviendo en casa de los Rivers y les dejó tres semanas antes de que ella muriera.

—Y cuando llegaste, la Trask estaba muerta.

—Acababa de morir, Grindell. El asesino estaba allí. Los ojos del policía chispearon de pronto.

—¿Le viste?

Me froté la nuca, todavía con un bulto más que regular.

—No. Me golpeó, aprovechando un descuido mío, y escapó.

—Una lástima, Louie —dijo el policía pesarosamente—. Nosotros también andamos detrás de él.

—Lo cual quiere decir que consideráis al difunto Bramm como un mero ejecutor, ¿no es eso?

—Ciertamente. Desde luego, no siento en absoluto la muerte de un tipo semejante, aunque bien es verdad que nos habría convenido que siguiera viviendo algún tiempo más.

—Por lo visto, el hombre que le pagó no quería correr ningún riesgo.

—Eso es lógico. Y los otros dos tipos, ¿qué me dices de ellos?

—Me habían secuestrado y estaban esperando al jefe para ver qué hacían conmigo, aunque puedes figurártelo después de la muerte de Ketchum, quien, por si no lo sabías, también investigaba el caso.

Grindell hizo un gesto de sorpresa.

—Eso es nuevo para mí. ¿Por encargo de quién?

—Donna Horgan. Es hermana de la muerta.

—Entiendo. Bien, sigue con tus secuestradores.

—No hay mucho más que contar, Grindell. Pude escapar a tiempo.

—Dejando a uno muerto y al otro a medias, ¿no?

—Bien, era mi pellejo el que estaba en juego, no podía andarme con demasiadas ceremonias.

Grindell se puso en pie.

—Los informes que me has dado son excelentes, Louie. No pierdas el contacto conmigo, ¿comprendes lo que quiero decirte?

—Por supuesto.

—Y no usurpes funciones que sólo nos competen a nosotros,

recuérdalo. Alcé la mano derecha, con la palma abierta hacia él.

—Lo tendré muy en cuenta, Grindell.

—Está bien. Adiós, Louie.

Al quedarme solo, encendí un cigarrillo y estuve pensando durante unos minutos.

Acabé de fumar y me dije que era hora de entrar en campaña.

Antes de salir de casa, sin embargo, no sé qué oscuro presentimiento me hizo mirar a través de la ventana. Mi intuición resultó acertada.

Frente a la casa, en la acera opuesta, había un tipo parado junto a un farol, leyendo el periódico con aire de hastío. Be vez en cuando, el individuo levantaba la vista de la letra impresa y la fijaba en el portal de la casa.

Era evidente que vigilaban mis pasos. Esto, como puede comprenderse fácilmente, no me gustó.

Busqué en mi cerebro una idea que me permitiera salir sin tener que estar sujeto a la observación del individuo. De pronto recordé que tenía guardados unos prismáticos.

Saqué los gemelos y observé a través de ellos. El rostro del vigía me pareció conocido.

Tras unos esfuerzos, llegué a la conclusión de que se trataba de Max, un delincuente profesional, matón de garitos y protector de infelices mujeres. Nunca le había conocido mezclado en un posible caso de asesinato, pero por lo visto, el incentivo metálico debía ser suficiente para tenerle de centinela frente a mi casa.

Afortunadamente, Max se hallaba junto al restaurante donde yo solía hacer mis comidas y en el cual, naturalmente, era muy conocido. Divirtiéndome ante la idea, marqué el número del local.

—Habla Louie Balfour —dije—. ¿Quién es, Tommy?

—El mismo, señor Balfour. ¿Quiere que le sirvamos algo?

—Por ahora no, gracias, Tommy. Escucha, sal afuera, a la calle, y verás un tipo apoyado en el farol, le —yendo el periódico. Dile que le llaman al teléfono. No le des más detalles, ¿comprendes?

—Sí, señor Balfour.

—Cuenta con dos dólares de propina cuando te vea, Tommy.

—Gracias, señor Balfour. No se retire, por favor.

El teléfono tenía hilo suficientemente largo para permitirme llegar hasta la ventana. Así lo hice y pude ver a Tommy, el barman,

salir a la calle y llamar la atención del maleante.

Max se extrañó y quiso saber más detalles, pero Tommy, desempeñando maravillosamente su papel, se encogió de hombros y dando media vuelta volvió a meterse de nuevo dentro del restaurante.

Max le siguió tras corta vacilación. No tardé en oír su voz a través del auricular.

—¿Sí? —Gruñó.

—Escucha, Max, deja lo que estás haciendo y ven inmediatamente.

—Pero…

—Obedece y no repliques —dije categóricamente, después de lo cual y sin darle tiempo a contestarme, corté la comunicación.

Max salió a los pocos segundos. Llamó un taxi y se alejó, dejándome el campo libre.

Acto seguido eché a correr hacia el ascensor Treinta segundos después me hallaba a bordo de mi automóvil, el que me dejó a cincuenta metros de la puerta de la casa de Rivers diez minutos más tarde.

Saqué una navajita del bolsillo y manipulé en el interruptor eléctrico que cerraba la verja. El paso quedó libre poco después.

Crucé el jardín con paso cauteloso, procurando no ser visto desde la casa. En lugar de dirigirme a la entrada, traté de buscar la ventana del despacho del dueño de la mansión.

No tardé mucho en hallarla. Levanté el bastidor sin hacer el menor ruido y acto seguido pasé al interior de la estancia.

Llegué de puntillas hasta la puerta y escuché. No se oía el menor ruido. Satisfecho al respecto, emprendí mi labor.

Me costó más de una hora, pero al fin encontré lo que buscaba. Estaba precisamente debajo del retrato de la difunta Sally Rivers, sujeto al marco con un ligero toque de goma arábiga, y era un sobre de papel manila y tamaño medio folio, conteniendo unos documentos que parecían ser muy interesantes, a juzgar por su grosor.

Me dispuse a abrir el sobre para satisfacer mi curiosidad. Entonces, una voz bronca, de indudables tonos masculinos, sonó a mis espaldas.

—No toque esos papeles si quiere seguir viviendo, Balfour.

CAPÍTULO XIV

Permanecí quieto en el mismo sitio durante un segundo. La voz del individuo volvió a dejarse oír.

—No vuelva la cabeza, Balfour. Le estoy apuntando y puede tener la seguridad de que si hace algo sospechoso le borraré del mundo de los vivos.

—Esté bien —dije—. ¿Qué es lo que pretende?

—Su truco dio buen resultado. El imbécil de Max cayó en la trampa cómo un corderillo.

Pero yo no me dejé engañar tan fácilmente.

—Y supuso que vendría aquí, a casa de Rivers.

—Justamente. Deje caer el sobre al suelo. Detrás de usted, pronto.

—¿Qué pasará si me niego?

El ¡click! del percusor de un revólver sonó claramente.

—¿Lo ha oído, Balfour? —dijo el individuo. Tragué saliva.

—Sí, claro. —Moví la mano derecha y arrojé el sobre hacia atrás, con toda la rapidez que pude.

—Eso es —aprobó el tipo—. Muchas gracias por haberme solventado la papeleta. Fui un imbécil al no darme cuenta de que esos papeles podían estar ahí, pero, afortunadamente, usted me solucionó la papeleta.

—¿No cree que debería darme las gracias por ello? —pregunté mordazmente.

—Por supuesto —respondió—. Ahora mismo.

Intuí que iba a golpearme en la nuca y quise volverme, pero era ya tarde.

Algo muy duro cayó con devastadores efectos sobre el lado izquierdo de mi cráneo con estruendo atronador. Caí de rodillas,

conservando parcialmente mi consciencia, pero sin poder efectuar el menor movimiento para defenderme.

Oí el rumor de unos pasos que se alejaban. Hice un esfuerzo para levantarme, pero las piernas me fallaron de repente y volví a caer al suelo, sobre la alfombra.

Estuve así durante unos minutos, hasta que, de pronto, una persona entró en la habitación.

—¡Balfour!

Alguien se arrodilló a mi lado. Sentí en mi rostro el tibio contacto de un seno de mujer, cálido y palpitante.

—¿Qué le ha sucedido? —inquirió Donna ansiosamente.

Me senté en el suelo, agarrándome la cabeza con ambas manos. Luego traté de hallar el foco correcto de mis pupilas.

—Espere —dijo Donna—, le traeré algo de beber.

Volvió a los pocos momentos con un vaso mediado de *brandy*, del que tomó unos cuantos sorbos que mejoraron notablemente mis decaídos ánimos. Al fin me sentí con las fuerzas suficientes para mirar a Donna trente a frente.

—¿Y bien? —murmuró ella.

—Verá… —dije, y acto seguido le relaté todo, hasta el momento de llegada.

—¿Qué esperaba hallar aquí? —preguntó.

—Se me ocurrió la idea de que quizá su hermana podía haber presentido su muerte y, por lo tanto, haber dejado tras sí algún documento acusador.

—¿Y lo encontró?

—Supongo que sí, porque el asesino se llevó el sobre que había hallado, en el cual estaban esos papeles.

—¿Opina que son muy importantes?

—Lo suficiente como para enviarle a la horca, si caen en manos competentes. Donna se mordió los labios. Luego dijo:

—¿No tiene la menor idea de quién pudo habar sido? La miré de frente.

—Sospecho de una persona, pero me parece improbable.

—Bien, diga su nombre —exclamó ella, impaciente.

—Jonathan Rivers.

Donna exhaló un despectivo resoplido.

—¡Jonathan! Ése no sería capaz de matar a una hormiga —dijo

incisivamente.

—¡Y dale! —exclamé—. ¿Acaso usted juzga a las personas por su aspecto físico? La joven se puso en pie. Fue hacia el teléfono y marcó una cifra. Luego aguardó.

—¿Despacho del señor Rivers? —preguntó, cuando la comunicación quedó establecida—. Soy la señorita Horgan y desearía hablar con él… ¡Como! ¿Que no está…? Y ¿cuándo se ha ido…? ¿Que no ha acudido en toda la mañana…? No, gracias, señorita, no tengo que dejarle ningún recado. Solamente deseaba hablar con él personalmente… Muchas gracias, señorita.

Y colgó.

Me miró con aspecto sombrío.

—Parece ser que tiene razón usted, Balfour —dijo.

Terminé de ponerme en pie y llevé la mano de nuevo al vaso, bebiendo un largo trago.

—El hábito no hace al monje, dice un refrán archiconocido —manifesté. Hice una mueca; ¿era que mi cabeza se había convertido en los últimos tiempos en el único paragolpes de la ciudad?

Donna se mordió los labios, sumamente pensativa.

—Se me hace increíble que Jonathan pueda haber pagado por cometer un crimen tan horrible —dijo al cabo.

—No olvide que ya había dilapidado trescientos mil dólares de la fortuna de su esposa —expresé—. Restan cuatrocientos mil que son muy apetitosos. Ella y Jonathan discutían mucho en los últimos tiempos.

—A pesar de todo…

—Lo cierto es que el señor Rivers no está ahora donde debiera encontrarse…

—Creo haber oído mencionar mi nombre —dijo entonces la voz del dueño de la casa, irrumpiendo inesperadamente en el despacho.

—¡Jonathan! —exclamó Donna.

La mano de Rivers señaló hacia la puerta.

—Largo de aquí, Donna —dijo, tratando de mantenerse sereno —. Ya nos creaste bastantes dificultades a mí y a Sally para que pueda tolerar aquí tu presencia ni un solo minuto. Y usted también, señor Balfour, váyase de aquí en el acto.

Miré a Donna. Ahora era ella a quien le tocaba actuar.

—Jonathan, no sabes lo que te dices. Yo…

—¡Fuera! —gritó el dueño de la casa—. No quiero escucharte ni una sola palabra más, arpía. Me disgustaría tener que emplear la violencia contigo, pero lo haré si continúas aquí un segundo más de lo estrictamente necesario.

Donna sonrió despectivamente.

—Después de lo que hiciste con la pobre Sally, no me extrañaría nada que ahora quisieras maltratarme a mí, Jonathan.

—¿Estás insinuando que yo la asesiné? —exclamó Rivers. Avanzó hacia ella con los puños abiertos—. ¿Tú, que estuviste a punto de deshacer nuestro matrimonio? ¡Fuera, perdida, fuera de aquí en el acto o te machacaré las narices!

—Un momento, un momento —dije, terciando conciliador—. Señor Rivers, sería conveniente un poco de moderación. Es comprensible su dolor por la muerte de su esposa, pero, dejando aparte a un lado los motivos de enemistad que pueda haber entre usted y la señorita Horgan, debe tener en cuenta que sólo nos guía el interés de hallar al asesino de su esposa. Compréndalo… y discúlpenos.

Rivers me miró de hito en hito.

—Eso —dijo—. ¿Qué diablos ha venido usted a hacer aquí? Y, sobre todo, ¿quién le abrió la puerta?

Me resistí a confesar la estratagema empleada. Miré a Donna, la cual aparecía muy desconcertada.

—Cuando yo vine aquí, la puerta estaba abierta. Las dos: la de la verja y la del vestíbulo —confesó.

Yo me callé, como dando a entender que había llegado con ella.

—¿No te ha abierto Meg, la doncella? —pregunto Rivers.

—En absoluto. Ni la he visto siquiera, cosa que me ha extrañado bastante, Jonathan.

—Entonces, ¿en dónde rayos se ha metido? —preguntó Rivers.

Durante unos momentos, callamos los tres, incapaces de responder a aquella pregunta. Luego, Rivers, reaccionando, se fue hacia la mesa y oprimió un timbre que había sobre la misma.

Esperó un momento. Volvió a llamar.

—Es extraño —dijo—. Puede parecer un poco coqueta, pero es muy cumplidora.

—Iré a buscarla, si le parece, señor Rivers —sugerí. El dueño de la casa levantó la mano.

—¡No! Ya la veré yo más tarde. —Su mirada se hizo hostil de pronto—. Explíqueme lo que vino a hacer aquí y luego váyase.

—Bueno, buscaba unos documentos —dije.

—¿Qué documentos? Señalé hacia el cuadro.

—El primer día que vine aquí, estaba el pintor. ¿A qué vino, puedo saberlo?

—Dio unos toques al cuadro de mi difunta esposa. Los últimos, dijo. Había una ligera sombra en uno de los pliegues del vestido y quería arreglarla.

—¿Lo vio usted?

—Sí. Pero ¿a qué vienen tantas preguntas? Quiero saber qué clase de documentos son los que usted buscaba —exclamó Rivers impaciente.

—Su esposa dejó escondido tras el cuadro un sobre con unos papeles en su interior. —Manifesté—. Se me ocurrió la idea de que quizá la señora Rivers tenía algo que decir… después de muerta, y vine aquí a buscar esas supuestas declaraciones. No tuve tiempo de examinarlas; el asesino vino y me golpeó, arrebatándome el sobre.

—¡Unos documentos! —repitió el dueño de la casa estupefacto.

—Así es —rezongué—. Y el caso es que nos hemos quedado sin ellos.

—¿Dónde diablos está Meg, la doncella? —preguntó Rivers, de pronto, apretando una vez más el timbre.

La puerta se abrió inesperadamente. Meg surgió bajo el dintel.

La doncella nos miró de una forma rara. Tenía el rostro muy blanco y sus ojos aparecían desmesuradamente agrandados.

De súbito abrió la boca, como para decir algo. Pero lo único que salió de sus labios fue una bocanada desangre, que le manchó la barbilla y el busto. Luego se venció hacia adelante.

Se estrelló contra el suelo con sordo choque, quedando inmóvil, en el acto. Del centro de su espalda salía un torrente de sangre que brotaba de una espantosa herida que tenía entre los omoplatos.

Donna lanzó un agudo grito y cayó desmayada.

CAPÍTULO XV

Jonathan Rivers fue detenido y acusado formalmente del asesinato de Meg. También se le inculpó de haber pagado a Art Bramm para matar a su esposa. Subsiguientemente, las otras muertes, entre ellas la de la señora Trask, también le fueron achacadas.

Fui a verle a la cárcel un par de días después. Su aspecto era el de un hombre a quien le ha caído encima el tronco del árbol que estaba talando.

Al verme se aferró a la verja con ambas manos, gritando de modo histérico.

—¡Señor Balfour! —gritó—. ¡Tiene que sacarme de aquí!, ¿lo oye? ¡Yo no maté a Meg, ni a mi esposa… ni a ninguno…! ¡Oh, Dios mío! —Y se echó a llorar de repente, como un niño, escondiendo el rostro entre las manos.

—Cálmese —le dije—. Particularmente, creo que no ha sido usted el asesino, aunque está en una situación muy difícil.

—Ustedes dos declararon contra mí —dijo rencorosamente—. Sobre todo, esa arpía de Donna.

—¡Cuidado con lo que dice! —exclamé, amoscado—. Donna es una muchacha muy decente y su enemistad con usted no tiene nada que ver con lo que le está pasando. Por otra parte, convendrá conmigo en que Meg murió a una hora en que usted debía haber estado en su oficina. La señorita Corrigan, su secretaria, manifestó que no había acudido a ella en toda la mañana. ¿Dónde estuvo? —terminé secamente.

Volvió el rostro.

—No…, no puedo decirlo —murmuró, balbuceando.

—Trate de encontrar una respuesta para esa pregunta —dije muy seriamente—. Le va en ello la vida. Yo no soy su defensor y

éste querrá saber, sin duda, qué es lo que hizo usted desde las nueve y media, más o menos, que se supone abandonó su casa, como todos los días, hasta que volvió a ella alrededor de la una del mediodía. Tiene que explicar satisfactoriamente el empleo que dio a esas tres horas y media o de lo contrario, el verdugo le pondrá una cuerda al cuello.

Rivers se llevó la mano a la garganta, como si sintiera ya en ella el áspero contacto del cáñamo.

—Me temo —contestó— que nadie podrá declarar a mi favor en la coartada.

—¿Por qué?

Miró a derecha e izquierda aprensivamente.

—Porque en el sitio adonde fui no había nadie.

—¿Y qué sitio era? —pregunté.

Me lo dijo. Esto me hizo pensar un momento.

—¿Qué esperaba encontrar allí?

—Pues… no sé, quizá pruebas de la muerte de mi esposa. Le miré de soslayo.

—¿No estará más correcto expresar que fue usted a tratar de los trescientos mil dólares dilapidados en un año?

El preso acusó el impacto. Su rostro adquirió la blancura del yeso.

—¿Cómo… lo sabe usted?

—Estoy enterado de ello y eso debe ser suficiente para usted, señor Rivers —respondí—. Quería recuperar ese dinero, ¿no es cierto?

—Sí —inclinó la cabeza.



—¿Qué objeto perseguía al invertir los trescientos mil dólares?

—Bueno, cuando me casé con Sally era un modesto empleado. Ella me quería, sí, a pesar de que por mi aspecto no pueda parecer un Adonis. Y yo a ella, por supuesto. Pero me fastidiaba enormemente saber que Sally era rica y yo no tenía un céntimo.

—Entonces, trató de hacer inversiones bursátiles, ¿no es eso?

—Sí.

—Y todas fracasaron lastimosamente.

—Sí.

—Lo cual significa que en un principio, la señora Rivers, había

tenido confianza en usted para dejarle manejar su capital, pero cuando al fin se convenció de su incapacidad para los negocios, trató de retirarle los poderes que le había dado para manejar sus caudales. Usted se resistió a ello, porque estaba seguro de recuperar el dinero, pero ella prefería salvar el resto de su fortuna antes de arriesgarlo en un juego dudoso, en el cual las posibilidades de pérdida eran numerosas.

—Sí.

—Y de allí vienen las dificultades que tenía también con su cuñada. Los labios de Rivers formaron una línea prieta No contestó.

En vista de ello, le hice otra pregunta:

—¿Estaba esa persona en casa cuando usted fue a visitarla?

—No.

—¿Dónde estaba?

—¿Cómo quiere que lo sepa, si nadie contestó a mis llamadas?

—Tiene razón… aunque ya me lo figuro. —Me puse en pie y le miré fijamente—. Creo que podré sacarle de este atolladero, aunque bien sabe Dios que no se lo merece demasiado.

Se lanzó a la reja con ímpetu.

—Si lo consigue, le pagaré lo que sea, señor Balfour —exclamó ansiosamente.

—Bueno, allá veremos —contesté ambiguamente. Y me marché.

Al caer la noche entraba en el «Kritos». Busqué al griego y le dije:

—Durante unos momentos tendré acaparada a tu pianista, así que arréglatelas como puedas para servir a la clientela.

—De acuerdo, Louie.

May estaba sentada al piano y me miró con sorpresa y alegría a un tiempo. Avancé sorteando las mesas, y escogí una situada junto al estrado. Esperé.

La muchacha vestía un traje negro, sencillo y sin mangas, aunque extremadamente ajustado a su espléndida silueta. El único toque de color en su atavío era un pañuelo rojo anudado descuidadamente en torno a su garganta cié cisne. Al terminar la interpretación de la pieza descendió y se situó frente a mí.

—Tráete dos copas y así hablaremos mejor, May.

—¿De qué, Louie? —preguntó.

—Espera un poco y lo sabrás. Anda, date prisa.

May regresó un minuto después con las copas. Levanté la mía.

—A tu salud, preciosa.

—Igual te digo, Louie.

Bebimos en silencio. Luego saqué cigarrillos.

—¿Y bien? —exclamó ella al cabo.

—El otro día, cuando estuve hablando contigo en tu apartamiento, olvidaste de mencionarme algunos detalles. O quizá a mí se me olvidó preguntarte por ellos.

—Explícate.

—Por ejemplo, tú no has vivido en esta ciudad hasta ahora.

—Cierto.

—¿Por qué?

—Ya te dije que estuve en París cinco o seis años…

—Lo sé, estudiando música y canto. ¿Pintura no?

Sacudió enérgicamente la cabeza, a la vez que exhalaba una carcajada.

—¡Dios mío! ¿Pintar yo? Louie, tú no estás en tu sano juicio.

—Es posible —concordé—. Y antes de ir a París, ¿en dónde habías vivido?

—En Fresno, California.

—¿Siempre?

May hizo un gesto ambiguo.

—La verdad es que siempre fui una chica un poco díscola. Temperamento, supongo. El caso es que a los diez años me internaron en un colegio y estuve en el ocho.

—Hasta que te fuiste a París.

—Exactamente.

—En el colegio te enseñarían música y canto.

—Por supuesto. Eran unas monjas muy buenas y fue precisamente la profesora de música la que me alentó a proseguir en mis estudios.

—Me parece muy bien. Pero, entonces, ¿por qué viniste a esta ciudad? Estamos en Camden, del Estado de Nueva Jersey, en el punto opuesto de la nación. Si habías nacido y vivido en Fresno, era lógico que vivieses y volvieses a Fresno, ¿no?

May apretó los labios.

—Bueno, la verdad es que no vine muy sobrada de dinero. Y tuve que quedarme aquí.

—Se encogió de hombros de repente. —Además, no teniendo ya familia… lo mismo me da vivir en un sitio que en otro, ¿no te parece?

—Es posible —murmuré—. Pero ¿sabes?, tengo la sensación de que no me estás diciendo toda la verdad, May.

—Bueno —volvió a levantar los hombros—. Tómatelo como quieras. —Concluyó su copa de licor y se puso en pie—. Dispénsame, tengo que trabajar.

Antes de que se marchara, disparé el brazo y la agarré por la muñeca.

—Un momento tan sólo —dije—. ¿Has trabajado hoy como modelo para Mac Lean?

—Sí. Un par de horas, por la tarde.

—¿Y por la mañana?

—Aquí no termino demasiado pronto que digamos. Estuve durmiendo hasta cerca del mediodía.

—¿Fue Donna Horgan al estudio?

—No, hoy no.

—Una pregunta, la última. ¿Toca Donna el piano cuando acude al estudio?

—Oh, no, en absoluto. Si lo hiciera, ¿cómo podría atender al trabajo de Mac Lean?

—Es cierto —concordé. La solté y ella se alejó con un armonioso, balanceo de sus rotundas caderas.

Permanecí allí largo rato, entreteniéndome en trasladar mis suposiciones al papel.

Luego me puse en pie.

May me miró inquisitivamente. La dirigí una sonrisa y me encaminé hacia la salida. Ella me alcanzó antes de que hubiera podido llegar hasta la puerta.

—Por favor, se prudente, Louie —murmuró, mirándome al fondo de los ojos. Di un par de palmadas en su mano, con gesto afectuoso.

—Claro, preciosa. —Y cuando me disponía a echar a andar, se apagaron las luces de repente.

CAPÍTULO XVI

Una mujer lanzó un agudo grito. Alguien dijo una palabrota.

Agarré a la muchacha por el brazo y me la llevé hasta la puerta. No pude llegar a ella. Una mano se aferró a mi tobillo, haciéndome caer al suelo. Como tenía todavía sujeta a May, ella cayó también.

Estiré el pie libre. Unas narices resultaron aplastadas y su dueño empezó a jurar artísticamente. Un taburete se estrelló contra el suelo, a escasos centímetros de mi cabeza, partiéndose en mil astillas.

May gritó. Tiré de ella, apartándola de un cuchillo que se clavó en el suelo con seco chasquido.

—Ponte en pie, pronto, y corre hacia la puerta; yo te cubriré la retirada —dije, en el momento en que un zapato se me clavaba cruelmente en el costado derecho.

May obedeció, pero en aquel instante un individuo la salía al paso. El tipo tenía un cuchillo; pude verlo gracias al débil reflejo de uno de los faroles que había en la calle.

May se detuvo, chillando agudamente. El estrépito y el escándalo eran fenomenales en la taberna. Por todas partes se oían gritos, alaridos, blasfemias y exclamaciones de dolor. Las botellas estallaban y los muebles crujían.

El fulano se arrojó hacia nosotros cuchillo en mano. Yo tenía una silla en la mano y la moví en sentido horizontal, alcanzándole en el costado izquierdo. La silla se partió, al tiempo que el forajido salía proyectado hacia el lado opuesto.

En aquel momento, May lanzó un agudo chillido.

—¡Louie, me han herido! Y cayó de rodillas al suelo.

Una ciega furia me invadió en aquellos momentos, poniendo un velo rojo ante mis pupilas. Agarré otra silla y la blandí en todas

direcciones, en medio de un estruendo infernal.

Algo crujió, no sé si la silla o un cráneo. Un hombre se desplomó al suelo, fulminado por el golpe.

Otro se me arrojó encima. Levanté el pie derecho y se lo clavé cruelmente en la ingle. El tipo se curvó sobre sí mismo, empezando a lanzar una serie de aullidos que cesaron bien pronto cuando la silla se partió en mil pedazos sobre su nuca.

Un filo cortante me rajó la manga izquierda de arriba a abajo. Todavía me quedaba en la mano derecha parte del respaldo de la silla, y lo moví horizontalmente, de derecha a izquierda, alcanzando al tipo en la cara. El rufián cayó de espaldas sobre una mesa, partiéndola en astillas.

Mi vigorosa defensa impresionó a los atacantes, los cuales retrocedieron momentáneamente. Aproveché la ocasión para agarrar a May por debajo de los brazas y llevármela hacia la puerta.

Todavía tuve que rechazar un último asalto. La hoja de un cuchillo emitió un siniestro relampagueo en mis inmediaciones.

Cogí el brazo del tipo antes de que descargara el golpe y lo retorcí cruelmente, haciéndole crujir los huesos. El individuo exhaló un feroz aullido, cortado en su mitad, cuando mi puño derecho entró en contacto con su mentón.

Al caer hacia atrás, alcanzó a otro rufián que venía sobre nosotros, derribándole también. Volví a coger a May y salimos fuera.

—Estoy… bien —jadeó la muchacha—. Puedo caminar.

—Me alegro —respondí, y sujetándola con firmeza para ayudarla mejor, echamos a correr hacia donde tenía el coche.

Media hora más tarde, podíamos asegurar que estábanlos a salvo en mi casa. Cerré la puerta con llave, para evitar visitas inoportunas, después de lo cual deposité a May sobre el diván del recibidor.

—Vamos a ver tu herida —dije.

Ella se puso muy encamada, cuando eché hacia atrás el cierre relámpago de la espalda de su vestido, pero no dijo nada. Colocada boca abajo sobre el diván, debió felicitarse sin duda de que no pudiera verle la expresión de pudor de su rostro.

Fui al baño y traje los elementos necesarios de cura. La herida no era profunda, aunque sí algo aparatosa por la sangre derramada.

El cuchillo la había alcanzado en la parte externa del hombro, algo más abajo de la articulación, y el rufián que había tirado la puñalada no había podido ejecutar su movimiento con toda libertad; de lo contrario, May habría muerto acuchillada.

El mismo impedimento había evitado una más honda penetración del acero. En realidad, la herida era más bien un corte profundo que una puñalada, pero había brotado mucha sangre y esto era lo que más me preocupaba en aquellos momentos.

Al terminar la cura, levanté a May y la llevé en brazos hasta mi lecho. La joven aparecía muy pálida, aunque conservaba todavía el conocimiento.

La miré de frente, con un pijama de los míos en la mano.

—¿Podrás ponértelo tú sola? —pregunté. Sonrió encantadoramente.

—Creo que… sí —dijo—. Pero, tú ¿dónde vas a dormir?

—El diván de la salita es cómodo, no te preocupes. —Me arrodillé junto a ella, mirándola a los ojos, mientras oprimía afectuosamente su mano—. ¿Te das cuenta de que era a ti a quien querían matar?

Su esbelto seno se agitó aceleradamente.

—Sí. Pero ¿por qué, Louie?

—Tú debes saberlo mejor que yo, May. ¿No eres capaz de imaginártelo? A pesar de la debilidad, su rostro se tiñó vivamente de carmín.

—¡Oh, Dios mío! ¡No es posible! Yo creía que era a ti a quien buscaban, Louie.

—A los dos, puesto que estaba contigo —repliqué. La besé suavemente en los labios—. Bien, acuéstate; vendré dentro de cinco minutos. Tienes que tomar algo caliente; te sentará bien después de la sangre que has perdido.

Ella alargó su mano hacia mí.

—Pero, Louie…

—Vamos, sé buena y métete en la camita, anda. Las explicaciones en otro momento.

Salí fuera del dormitorio y me dirigí a la cocinilla, donde preparé café, al que luego le agregué unas gotas de licor. Volví un cuarto de hora más tarde, haciéndole beber una buena taza.

Luego la arropé hasta la barbilla y me incliné para besarla una

vez más.

—Creo que me estoy enamorando de ti, May —dije. Una sospechosa humedad brilló en sus ojos.

—¿Lo… lo dices de veras, Louie? —preguntó con voz ronca.

—Duerme —murmuré—. Es lo mejor que puedes hacer en estos momentos, querida. May sonrió y aprobó mis palabras con un leve parpadeo. Luego salí de la habitación, tras haber apagado la luz.

Estuve dos días encerrado en casa, sin salir para nada, cuidando de la muchacha. Comimos del restaurante vecino y aquellos dos días de descanso, junto con las buenas comidas que hizo, bastaron para reponerla casi del todo.

Al fin, cuando juzgué que ya podía valerse por sí misma, al menos para lo más perentorio, resolví que era preciso actuar de nuevo.

Ella me vio revisar la pistola y su rostro se llenó de temor.

—¿A dónde vas, Louie? —preguntó.

—Tengo que hacer —contesté ambiguamente—. Escucha, no te muevas de aquí ni salgas para nada. No contestes tampoco a ninguna llamada telefónica, ni abras la puerta, ¿comprendes?

—Sí, Louie, pero… tengo miedo. Besé cariñosamente su mejilla.

—Estando yo, debes olvidar por completo tus aprensiones. Aguarda aquí, querida, y no temas.

Ella se me abrazó de pronto con el brazo sano.

—Vuelve pronto, Louie, vuelve, te lo suplico.

—Antes de que llegue el nuevo día estaré otra vez contigo. Adiós. Y salí.

CAPÍTULO XVII

Estuve toda la mañana yendo de un sitio a otro, practicando investigaciones en distintos lugares y terminando de atar algunos cabos que me parecían sueltos. A mediodía tomé un bocadillo y un vaso de cerveza, después de lo cual me encaminé a casa del pintor.

Mac Lean me recibió apoyado en su bastón, mirándome suspicazmente por encima del negro cerco de sus gafas. No parecía muy dispuesto a dejarme entrar en su estudio.

—¿Señor Balfour? —dijo.

—Deseo hablar con usted —expresé.

—En estos momentos estoy muy ocupado —contestó.

—Procuraré ser lo más breve posible. Por favor…

Aunque cortés, mi tono era firme. En vista de ello, Mac Lean, tras breve vacilación, se echó a un lado.

—Despache pronto, se lo ruego —dijo secamente.

—No tardaré mucho —respondí. De pronto eché a andar con paso rápido hacia el estudio, abriendo la puerta del mismo antes de que su dueño pudiera cerrarme el paso.

Franqueé el umbral. El estudio estaba desierto. Mac Lean protestó.

—Me parece que su actitud raya los límites de lo incorrecto, señor Balfour —manifestó airadamente.

Me volví para mirarle de frente.

—Los asesinos encuentran siempre incorrecto cuanto se haga por desenmascararlos, señor Mac Lean —exclamé tajantemente.

—¡Eh! ¡Cómo! ¿Qué está diciendo? ¿Acaso se ha vuelto loco?

—No —respondí con firme acento—. No lo estoy. Y voy a demostrárselo ahora mismo. En primer lugar, ¿qué hizo de los trescientos mil dólares que usted le extrajo a Rivers bajo amenazas?

Una oleada de ciega furia invadió el rostro del pintor.

—Me está insultando, señor Balfour —barbotó. Y extendiendo el bastón, señaló con él hacia la puerta—. Salga, salga de aquí antes que me arrepienta de mi condescendencia y llame a la policía.

—Bueno —repliqué indiferente—. Hágalo. Ahí veo un teléfono. ¿Por qué no lo usa? Hubo un intervalo de silencie. Me eché a reír.

—¿Cómo podría llamar un asesino a la policía? —dije—. Sería tanto como tirar piedras a su propio tejado, ¿no? Y su tejado es de un vidrio tan sumamente frágil, que puede romperse con el menor soplo de aire.

—Está, diciendo insensateces, Balfour… —contestó Mac Lean, haciendo rechinar los dientes.

—Bueno —respondí con tono indiferente—. Si usted lo toma así… —Y de pronto extendí la mano hacia él con gesto acusador—. Usted fue el que abrió la puerta a Art Bramm, prevaliéndose de la amistad de que gozaba en casa de los Rivers. En aquel momento, sólo estaba la señora Rivers en su casa, porque Meg, la doncella, tenía el día libre. ¿Quiere que le diga más todavía?

»La señora Rivers le recibió sin sospechar nada, porque era una persona conocida de la casa, pese a que ella sabía que usted había convencido a su esposo de que le fuera entregando dinero hasta alcanzar la suma de trescientos mil dólares, que luego fingía se habían perdido en infortunadas especulaciones. Sally era ya enemiga de usted, aunque nunca creyó del todo en la posibilidad de un asesinato. Las discusiones que sostenía últimamente el matrimonio eran debidas, precisamente, a la blandura de carácter de Jonathan, quien creía ciegamente en usted y en todas las fábulas que le contaba.

»Pero, de pronto, Sally Rivers decidió cortar la fuente de suministros, es decir, recobrar de nuevo la administración de su fortuna. Y esto, naturalmente, no podía agradarle a usted, que por codicia… o por lo que fuera, deseaba apoderarse del resto de la fortuna. Entonces, resolvió deshacerse de la señora Rivers. Muerta ésta, su esposo heredaría y usted podría seguir embaucándole, ¿no es cierto?

El rostro de Mac Lean se hizo impenetrable de pronto. No contestó.

—Aprovechando un descuido de Sally Rivers, posiblemente

mientras le servía una copa, abrió la puerta y Bramm se deslizó subrepticiamente, permaneciendo escondido hasta después de haberse ido usted. Entonces perpetró el asesinato. A propósito, ¿quién le señaló a Bramm como un asesino profesional? ¿Yerapoulos?

El silencio del pintor era elocuente.

—Después vinieron las complicaciones. Intervine yo, a ruego de la señorita Rivers, y cuando se enteró usted, vio en mí a un peligroso competidor. No podía, por tanto, dejarme con vida, lo mismo que hizo con Phil Ketchum, mi desgraciado antecesor. Entonces vinieron el secuestro y los frustrados atentados, incluyendo el de hace dos días en el «Kritos». Yerapoulos es sensible al dinero y no le importa a quién sirve, con tal de que pague bien. Y usted le habrá pagado, posiblemente con los restos del último cheque firmado por la señora Rivers como honorarios por el cuadro, cheque que en esta ocasión no fue suscrito por su esposo, el cual ya no detentaba la libre administración de los bienes de Sally.

—Y aún suponiendo que todo eso fuera verdad. ¿Cómo podría demostrarlo? —preguntó Mac Lean desdeñosamente.

—Es difícil, en efecto, pero no imposible. Murió la señora Trask, porque Bramm y su esposo habían sido íntimos amigos y, por lo tanto, sabía que usted había pagado a Bramm. Y murió Meg, la desdichada doncella, porque le abrió la puerta de la mansión cuando usted volvió, una vez más por lo menos, en busca de unos documentos muy interesantes que podían comprometerle gravemente. Empezó a sospechar algo tiempo atrás y, precisamente el día en que yo acudí por vez primera a casa de Rivers, usted había estado buscándolos, sin hallarlos. No se le ocurrió —expresé con una sonrisa—, que podían estar precisamente en el mismo cuadro que usted había fingido necesitaba un re —toque. Claro está, Rivers le dejó algunos momentos a solas, mientras usted simulaba retocar el cuadro, pero, en realidad, registrando el despacho en busca de esos documentos.

—¿Y qué demuestran los citados papeles? —preguntó Mac Lean con altivez.

—Todo a su tiempo, amigo —respondí calmosamente—. La segunda vez que volvió a buscarlos, Meg le abrió. Naturalmente, le conocía, pero usted no podía dejar tras sí un testigo ya tan

comprometedor. Por eso la mató.

—¿A ella sí y a usted no? —preguntó el asesino burlonamente.

—Quizá, simplemente, no tuvo tiempo. O bien creyó que un golpe con eso —señalé el pesado puño de plata de su bastón—, bastaría para liquidarme. De todas formas, yo no le había visto y Meg sí. Ésa fue la diferencia. —Hice una pausa—. Los documentos, por favor.

Mac Lean fingió meditar unos momentos.

—Está bien —dijo al cabo—. ¿Qué hará después?

—Entregarlo a la policía. Ahora no sospechan de usted, pero cuando haya declarado cuanto sé, que no es todo lo que he dicho, y lo demuestre, además de con los documentos, con otras pruebas, usted será, acusado formalmente de todos esos crímenes que he citado.

—De acuerdo —suspiró el asesino—. Voy a darle esos documentos.

Inició un movimiento de media vuelta, pero, de repente, movió ambas manos con gesto fulgurante.

Algo chasqueó en la estancia. Me quedé helado de horror al ver brillar ante mí la afilada hoja de un estoque escondida hasta entonces en la caña hueca del bastón. Con aquella arma ya se habían cometido dos muertes.

El estoque mediría un metro cumplidamente y tenía una punta en extremo aguzada. Bastaría la más leve presión para hundirlo en mi carne como si lo hiciera en un cuñete de manteca.

Tragué saliva. La punta del estoque se hallaba a menos de un palmo de distancia de mi pecho y tras el acero, los ojos de Mac Lean brillaban malignamente.

—No puedo dejarle vivo, Balfour —dijo con un siseo—. Lo siento, pero sabe usted demasiado para permitirle seguir con vida.

—No lo haga —dije—. Un asesinato más…

—… poco puede importarme a estas alturas —me interrumpió el asesino fríamente. Vi en su rostro la decisión de matar. Entonces salté a un lado.

La hoja pasó silbando por mi costado, desviándose como consecuencia del golpe que le había dado con el antebrazo izquierdo. Mac Lean, falto de apoyo, trastabilló.

El acero se le desprendió de la mano, por la fuerza del golpe,

volteando en el aire. El pintor cayó de bruces, un segundo después de que el puño del estoque chocase contra el *parquet*. El extremo aguzado del acero apuntaba al pecho.

Mac Lean *lanzó* un chillido horroroso al sentir su pecho atravesado limpiamente por el estoque. Un palmo largo de metal ensangrentado asomó por su espalda.

Trató de incorporarse, haciendo fuerza con ambas manos en el suelo. Contemplé la escena, morbosamente fascinado por el horror de la misma.

De pronto, las fuerzas le fallaron y cayó de bruces, apoyando una mejilla en el suelo.

Noté que la vida ge le iba por momentos.

Me arrodillé a su lado.

—Mac Lean, ¿dónde están los documentos?

Los ojos del pintor me miraron con vidriada expresión. Murmuró una palabra, una sola palabra tan sólo y luego de una, súbita convulsión, murió.

Me puse en pie lentamente. Contemplé el cadáver del criminal durante unos segundos. Después, me dirigí al teléfono, hablando brevemente. Al terminar, salí del estudio.

CAPÍTULO XVIII

La sirviente negra me introdujo en la habitación donde Donna estaba tocando el piano, cerrando la puerta acto seguido. Al verme entrar, suspendió la música y corrió hacia mí, colgándose de mi cuello con gesto lleno de vehemencia.

Sentí contra mi cuerpo el cálido contacto del suyo. Sus labios me acariciaron la oreja.

—Oh, Louie, ¿qué ha estado haciendo durante todo este tiempo? —dijo—. ¿Por qué no me avisó ni me dijo dónde estaba?

—Tenía trabajo —respondí.

—¿Y ahora? —Su voz era ardiente, apasionada.

—Estoy a punto de terminar.

—¿Ha encontrado al criminal?

—Sí. Y está muerto. El mismo se mató, queriendo matarme a mí.

—¿Quién era? Dígamelo, pronto.

Me separé de ella, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Por qué hace esa pregunta? —dije.

—Querido, no sé qué está diciendo. No le entiendo, Louie.

—Está fingiendo, Donna, Horgan. O, perdón, digamos mejor Mae Clarkson, que es su verdadero nombre, en lugar del citado.

Los ojos de la joven destellaron de pronto.

—Por favor —dijo con cierta sequedad, mientras su espléndido busto le palpitaba violentamente—, será mejor que se explique.

—Se lo diré con toda claridad. Mae Clarkson. Usted no es ni ha sido nunca Donna Horgan, sino que ha tomado el puesto de la hermana de Sally, a la que hizo asesinar después de que ella se enteró de que usted no era la hermana verdadera, a quien no había visto desde los diez años, es decir, cuando fue internada en el mismo colegio que usted y en el cual estudiaron ambas juntas.

—Parece que se inventó un lindo cuento, Louie —expresó ella con furia—. ¿De dónde se lo sacó?

—Del mismo colegio, con cuya superiora hablé no hace aún cuarenta y ocho horas. Ella, claro está, no puede reconocerla a usted no teniendo una fotografía delante, pero en cambio sabe de su nula disposición para la música.

—Toco el piano magníficamente —protestó la falsa Donna—. ¿Es que no me ha oído hacerlo?

Sonreí burlonamente, en tanto señalaba al blanco instrumento, situado a pocos pasos de distancia.

—Finge tocarlo, que no es lo mismo. Pero cuando alquiló esta casa, simulando haber regresado de París, ciudad en la que, por cierto, no ha estado en su vida, alquiló también un piano con dispositivo de pianola. Se toca con pedales y es un sistema muy antiguo y en desuso, pero que a usted le convenía, a fin de poder continuar la ficción. De este modo, Sally Rivers no podría sospechar, porque, aun no habiendo visto a su hermana desde los diez años, había tenido noticias de ella y sabía que era una magnífica ejecutante.

»Usted estuvo en el colegio con la auténtica Donna Horgan y se enteró de la disposición del testamento de su padre, en el cual la dejaba prácticamente a su hermana como única heredera. Entonces concibió ya la idea de apoderarse de aquel dinero.

»Tardó varios años en poder llevar a cabo su plan.

La ausencia de Donna le vino a las mil maravillas. Entonces apareció en Camden y fingió regresar de París. Sally se había casado entretanto con Rivers y esto, que en el fondo puede parecer un detalle en contra de sus intereses, la venía a usted muy bien, porque enseguida descubrió el punto flaco de su supuesto cuñado: la debilidad de carácter y la vanidad y el orgullo de querer ser más que su esposa. Entonces fue cuando empezó a entrometerse en la vida de ambos, para dar mayor viso de realidad a su fingido parentesco. Una auténtica Horgan no podría haber aprobado nunca aquel desdichado matrimonio.

Mae Clarkson sonrió burlonamente.

—Lo dice usted como si hubiera presenciado los hechos, Louie —dijo.

—Estoy haciendo deducciones que, estimo, son justas y basadas

en mis pesquisas. La casa que le alquiló la pianola, por ejemplo, ha sido objeto de una de mis indagaciones. Además, usted dijo que había estudiado arte en París, cubriéndose por si acaso, ya que tampoco estaba muy segura de que, Donna no lo hubiera hecho. De ahí sus frecuentes visitas al estudio del pintor y su interés por el arte de Mac Lean, interés que encubría otros motivos menos confesables.

»Mac Lean estaba loco por usted y resultó blanda cera en sus manos. El dinero de Sally iba pasando a sus manos, hasta que ella resolvió cortar por lo sano. Esto les perjudicó notablemente, pero lo que más le perjudicó, creo yo, fue que Sally empezó a sospechar que usted no era su hermana. Después de quince años separadas, el relativo parecido físico que existe entre usted y Donna Horgan, podía engañar a cualquiera. Pero al cabo del tiempo, Sally empezó a ver ciertas contradicciones en usted, su forma de actuar y los recuerdos de ambas. Esto le hizo entrar en sospechas.

Mae Clarkson cruzó sus brazos sobre el pecho, sin dejar de sonreír.

—¡Qué bien recita su papel, detective!

—Me ha costado aprendérmelo, no crea, pero espero conseguir una excelente representación. Quizá no tan acertada como la suya, pero sí más efectiva. ¿Le molesta que continúe?

—Oh, en absoluto —respondió con sarcasmo—. Me gusta ver trabajar a los buenos actores.

—Entonces le diré que Sally empezó a temerla a usted y que por ello dejó unos documentos escritos. En uno dice que usted no es su hermana, sino una impostora, y en el otro, deja todo su dinero a la auténtica Donna Horgan.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo primero, simple deducción. Lo segundo…, el testamento está debidamente protocolizado y registrado, y no me ha sido demasiado difícil averiguarlo en una oficina correspondiente.

—Entonces, ¿cómo se explica usted que le contratase para descubrir al asesino de Sally?

—Por la misma razón que contrató a Ketchum. Tenía que hallar esos documentos que tanto la comprometían; investigando en el crimen, encontraría, si era listo, los documentos. Y segundo, debía hacer recaer sospechas sobre Rivers, el cual, desgraciadamente para

él, no es más que un pobre tonto, del cual no me explico como pudo enamorar a su hermana. Pero, cuando Ketchum, aun sin haber hallado los papeles, supo la verdad, usted le hizo asesinar. Quería encontrar los documentos a toda costa, como fuera; por eso me contrató a mí, ocultándose bajo la falsa capa de un fingido amor fraternal, que no existió nunca más que en su imaginación.

—Creo que le resultará muy difícil probar todo lo que ha dicho, Louie —manifestó ella fríamente.

—Cuando la policía haga un registro en su casa, a fondo, encontrará los documentos. Posiblemente, usted ha destruido ya el que la acusa de impostora, pero nunca puede destruir el testamento de Sally, en el cual le deja toda la herencia, de la cual entraría usted en posesión, según los cálculos hechos, una vez que el infeliz Rivers hubiera sido ejecutado por un crimen no cometido. No llevó a cabo personalmente los asesinatos, pero los planeó y dirigió, que es mucho peor; y por ello merece cien veces la muerte.

La mirada de la Clarkson se inflamó súbitamente.

—No podrá demostrarlo, nunca, bastardo —dijo.

—¿Qué no? —Me eché a reír—. Aparentemente, usted me salvó la vida cuando mató a Trask, pero lo que había hecho era seguirme para encontrar a Bramm, cuya existencia constituía un peligro para ustedes dos, es decir, el pintor, y usted misma, Mae Clarkson. De lo contrario, ¿por qué no nos barrieron a tiros los pistoleros que acribillaron a Bramm? Y muerto Trask, debía morir también su esposa, para mayor seguridad. —Moví la cabeza con aire pesaroso —. Cuando se asesina a una persona, es tan difícil atar bien los cabos, que resulta forzoso casi siempre seguir matando a alguien que puede comprometemos más adelante. Y usted, y el desdichado del pintor, a quien había seducido y que hacía cuanto usted quería, no se detuvieron ante ningún asesinato, con tal de conseguir sus turbios fines. Es una lástima, porque es muy hermosa y no debiera haber seguido nunca esa vida.

—Compasivo le tenemos ahora, ¿eh? —rió ella burlonamente. Descruzó los brazos y se encaminó hacia el piano—. ¿Quiere escuchar mi última interpretación? —preguntó.

—La policía acudirá pronto para llevársela —dije—. Será mejor que me diga dónde tiene los documentos y qué es lo que ha hecho con los trescientos mil dólares que el pobre imbécil de Mac Lean,

confiando en usted, le había ido entregando a medida que los recibía del más imbécil todavía de Rivers. Ciertamente, se necesita ser estúpido para confiar en que un pintor pueda dedicarse a la especulación bursátil, y ganar, además.

—El testamento —dijo Mae Clarkson tras corta reflexión—, lo destruiré. Puesto que no puedo conseguir el total de la herencia, forzoso me será contentarme con los trescientos mil que logré obtener.

—Los sacará del Banco donde los tiene guardados y se largará de Camden, ¿no es cierto?

Mae Clarkson sonrió enigmáticamente.

—Creo que si fueras otro tipo de hombre, te propondría que vinieras conmigo —dijo, tuteándome de repente—. Pero no, me parece que eres demasiado honrado.

—En eso tienes razón —concordé—. Y ahora ¿querrás acompañarme tranquilamente o prefieres esperar a que venga la policía?

—Esperaré a que vengan y así entretendremos un poco la espera… Tocaré para ti la misma sonata de Scarlatti que estaba tocando el día en que viniste por primera vez.

—Una buena idea —aprobé.

Ella se sentó tras el piano. Levantó la tapa y de repente sacó la mano armada con un revólver.

No perdió demasiado tiempo. Apenas tuvo el revólver listo disparó contra mí.

Salté a un lado para evitar las consecuencias del disparo, pero actué con una décima de segundo de retraso. La bala me alcanzó en el hombro izquierdo, haciéndome dar una vuelta completa sobre mí mismo.

Sentí una agudísima sensación de fuego en el lugar alcanzado por el proyectil. Vacilé, mientras trataba de desenfundar la pistola que guardaba en la funda axilar.

Vi el odio más inhumano retratado en los negros ojos de Mae Clarkson cuando, tomando puntería con más calma, se disponía a ultimarme. El segundo disparo estalló atronadoramente. Pero no era de su revólver.

Mae lanzó un agudo grito y abrió los brazos, cayendo de espaldas al otro lado del piano. Un instante antes de desplomarse,

pude ver un rojo orificio en el centro de su pecho.

Me dejé caer de rodillas, acometido por una súbita debilidad. Dos o tres hombres de uniforme irrumpieron en la estancia, todos ellos armados con sendos revólveres. Al frente de ellos venía el sargento Grindell.

—¿Está bien? —preguntó tontamente. ¿Cómo puede encontrarse bien un individuo a quien le han metido un plomo en el hombro?

Haciendo un esfuerzo, me puse en pie. Di la vuelta al piano y mire a Mae Clarkson.

Sus ojos me contemplaron también durante un segundo. La mancha de sangre que había en su pecho se agrandaba con rapidez. Luego dobló la cabeza a un lado y suspiró hondamente.

Murió sin pronunciar una sola palabra pocos momentos después.

CAPÍTULO XIX

Era ya casi de día cuando regresé a mi apartamiento. May se precipitó hacia mí apenas me vio franquear el umbral.

—¡Louie! —gritó, asustadísima al verme el brazo izquierdo en cabestrillo. Rodeé su talle con el brazo sano.

—Ahora estamos los dos igual, Donna Horgan. Suspiró profundamente.

—Sí —dijo. Luego preguntó—: ¿Me perdonarás algún día el engaño?

—¿Quién habla de perdonar? —Reí, satisfecho—. Si me quieres, con ello tengo más que suficiente.

—¡Que si te quiero! ¡Oh, Dios mío, qué cosas dices! —Se estrechó con fuerza contra mí—. Louie, no me dejes nunca más.

—Nunca, cariño —respondí.

Permanecimos unos momentos en silencio. Luego dije:

—Es extraño que Mae Clarkson no te reconociera en principio, yendo con tanta frecuencia al estudio de Mac Lean.

—Es que yo siempre me escondía tras el biombo cuando venía algún visitante.

—¿Aunque fuera mujer el visitante? Ella enrojeció.

—Aunque fuera mujer —respondió.

—Entonces, por eso no te reconoció —dije.

—Sí, pero yo creo que a última hora, debieron sospechar.

—El piano, ¿verdad?

—Claro. Lo mismo que tú me oíste, debió oírme ella desde fuera. Lo comentaría con Mac Lean y…

—Quizá fue a comprobarlo al «Kritos» algún día.

—Yerapoulos debió confirmárselo.

—Ese tipo estaba enterado de muchas cosas —dije con rabia—.

Ahora se las harán pagar de una vez. Pero me pregunto cómo podría saber que te llamabas Donna Horgan.

—Cometí un error en cierta ocasión. Dejé mi bolso un día en la taberna y al día siguiente lo encontré con señales de haber sido revuelto. Tenía algunas fotografías mías dentro, ¿sabes? Creo recordar que faltaba alguna, aunque no estoy segura.

—¿Cuándo te dejaste el bolso? Donna me dijo la fecha.

—Sí; y el día siguiente, fue cuando los compinches del griego intentaron matarnos, por encargo de Mae Clarkson, Afortunadamente, saliste sólo con un rasguño.

—Tú también estás herido —dijo ella.

—Bueno, curaré pronto. Oye, ¿cómo fuiste a parar al estudio de Mac Lean?

—Sabía que éste había retratado a Sally. Por lo tanto, fui a ofrecerle mis servicios como modelo, a fin de ampliar el campo de mis investigaciones. Entonces fue cuando descubrí las relaciones existentes entre él y la Clarkson.

Asentí con la cabeza.

—Bueno —murmuré—, creo que ya está todo concluido.

Miré hacia la ventana. El sol penetraba ya a raudales a través de la misma.

—Tengo hambre —dije. Donna sonrió.

—Sólo puedo manejar un brazo, querido.

—Y yo otro, de modo que entre los dos podemos prepararnos el desayuno.

—Bueno, ¿y a qué esperamos? —exclamó Donna, iniciando la acción de marcharse hacia la cocina.

—Un momento —dije, atrayéndola de nuevo hacia mí—. Falta una cosa.

—¿Sí? —preguntó extrañada. Me incliné hacia ella para besarla.

—Falta lo que constituye el final feliz —murmuré.

—Es cierto, lo había olvidado —dijo Donna. Y rodeó mi cuello con su brazo libre.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.